

Introducción a la vida fascista

Tomás
Abraham

Introducción a la vida fascista

Tomás Abraham

la caja. Revista del ensayo negro.
Nº 7. Abril-Mayo de 1994

letra e

El brillo de mi ciudad

En la presentación de la edición norteamericana de **El Antiedipo** de Gilles Deleuze y Félix Guattari, Foucault definió la obra como una introducción a la vida no fascista; era un modo de recordar la **Introducción a la Vida Devota** de San Francisco de Sales por la que se interesaba en aquellos días. Qué hacer, cómo pensar para no ser, fascista, o para ser un no fascista, o un devoto en el siglo del santo? Para Gilles Deleuze el fascismo es una figura del deseo, de la micropolítica del deseo. Dimensión que no es la del saber, ni la de una conciencia adoctrinada, no está forjada a la altura de los ideales teóricos ni de ninguna verdad declarada. El fascismo deseante es un modo del sentir, pero no del sentimiento si éste ya implica un pasaje por el corazón. Es un sentir que tiene la fuerza de las sensaciones brutas y la dirección de la sociabilidad. Es decir un sentir que tiene que ver con los otros.

Cómo ser un buen argentino? Esta es la pregunta que queremos formular. Este ser proviene de una micropolítica del deseo, de un sentir hacia quien no es como nosotros. El que injuria, daña o ataca nuestro ser nacional. Para saber como debemos ser, tenemos que nombrar y decir como es el enemigo, el que impide que seamos como el destino nos encomienda ser: el demócrata, el judío, el hippie, el ateo, el liberal, el modernista, el progresista, el socialdemócrata, el homosexual, el laicista, el nihilista, el plutócrata, el usurero, el nominalista, escéptico, pragmático, subversivo, pansexualista, luterano, comunista, cesarista,

hereje, naturalista, posmoderno, relativista, igualitarista, humanista, arquitecto de shopping center, materialista invertido o cum laude, etc.

Para la época que nos gusta recordar creo que con sólo mencionar al judío, el hippie y el ateo, ya tenemos un muestrario ilustrativo. Comenzamos nuestra historia volviendo a un tiempo lejano por un lado, pero inacabable por el otro. En el año 1966 llega al poder en nuestro país un grupo dirigente sembrado por intelectuales de buen nivel. Consistencia doctrinaria, preparación filosófica, convicciones profundas e ideales más o menos claros. Eran claros en el sentido que había un acuerdo sobre lo que debía ser la república, una ciudad católica. Oscuros porque no constituyeron un movimiento con un líder doctrinario, uno que agrupase en un movimiento las diferentes tendencias. Onganía era un líder político en busca de una doctrina nacional y católica aplicable al momento histórico de nuestro país. Se vio muy bien acompañado por un apreciable número de oferentes que le expusieron doctrinas y sermones de variada índole con el fin de convertirlo en estadista. La Revolución Argentina que presidió pretendía iniciar un camino irreversible, una nueva nación y nuevos problemas: los que dieran vuelta la página sobre el círculo peronismo-antiperonismo. Pero hubo que reinventar la tradición. Eran años entre la tortuga y el bombo, debía salirse de este doble e imposible destino. Fundar las bases de una teología aplicada. Como dice uno de estos intelectuales: sentar los fundamentos del Escorial Rosado.

En la mitad de los años sesenta Buenos Aires era una ciudad con brillo. En setiembre de 1966 decía el pintor Antonio Berni: vivimos un

momento extraordinario. María Elena Walsh: hemos tomado conciencia de lo nuestro. El nivel cultural es extraordinario. El compositor Alberto Ginastera: los sesenta fueron quizá uno de los periodos más brillantes de la historia argentina. El pintor Antonio Seguí: creo que el Di Tella fue lo más importante en Argentina en los últimos cincuenta años. Pero el poeta Alberto Girri desconfiaba de estas alegrías, aceptaba la abundancia de las publicaciones literarias, del boom de la novela, del boom de los sótanos de San Telmo ocupados por los café concert, de las exposiciones, de todo más y más, decía. Sólo que el ambiente le parecía trivial y estereotipado. Seguí completaba su pensamiento al decir que “todas las cosas lindas en América tienen la vida muy corta”. Romero Brest subrayaba la duda al recordar otros booms artísticos, los de la época de Pettorutti, los de los tiempos de Kocyse y Butler y se preguntaba “será este tercer boom efímero como los demás? Nuestro país liquida a su gente “.

Pero era grande el empuje cultural de Buenos Aires, una ciudad versátil, de intensa actividad intelectual. La Universidad vivió su período más brillante agitada por discusiones políticas y producciones científicas. Se enmarcaba en el proyecto de modernización tecnológica que impulsó el gobierno de Frondizi. Esta dinámica cultural atravesó la caída de Frondizi e incluso los primeros días de Onganía. En setiembre de 1966 la revista Panorama contabiliza 2.500.000 espectadores que presenciaron 70 estrenos de teatro. Las editoriales publicaban anualmente 3.500 títulos. En 1967 400.000 personas visitaron las muestras del Instituto Di Tella. La moda juvenil ya no era como la del 50, en la que los chicos se vestían de grandes. La moda era un campo en donde la

juventud de los 60 expresaba su diferencia. El historiador John King subraya que Buenos Aires era una ciudad que recibía mucha información y presentaba una atmósfera creativa y sofisticada donde trabajar. Romero Brest incitaba a las vanguardias a destruir modalidades aceptadas y crear arte, provocar arte. Decía Romero: “no admitimos la repetición por considerar inoperante la actitud creadora de quienes vuelven sobre lo hecho, aunque sea por ellos mismos, y por mucha calidad que se le pueda reconocer a las obras que hagan. Con lo cual quiero subrayar que nuestra vara no es la del valor, cuya estimación es social y por ello exige cierto grado de reconocimiento público, sino la de la invención, aún mejor dicho, la de la aventura...”

El director de teatro Roberto Villanueva defendía la función elitista de las vanguardias apelando a los últimos descubrimientos semiológicos: “la vanguardia es elitista en el sentido de que son unos pocos los que están capacitados para apreciar ese rompimiento del contrato idiomático, digamos”. La revista **Primera Plana** en agosto del 66 cita un mensaje sobre las vanguardias de Roberto Jacoby: “vanguardia es el movimiento del pensamiento que niega permanentemente el arte y afirma permanentemente la historia. En este recorrido de afirmación y negación simultáneas, el arte y la vida han ido confundiéndose hasta hacerse inseparables. (...) El futuro del arte se liga no a la creación de obras sino a la definición de nuevos conceptos de vida; y el artista se convierte en propagandista de esos conceptos. El arte ya no tiene ninguna importancia: es la vida la que cuenta”.

Los artistas plásticos, los nuevos directores teatrales, el mundo de la ‘manzana loca’, hacía del arte una vida, y de la vida un arte. En las ropas. Levitas de terciopelo verde, camisas de satén naranja con corbatas rojas, la elegancia para disconformes, la guerra a la insipidez, la liberación de los argentinos de —como decía Edgardo Giménez— la mufa del gris. Los pantalones de terciopelo bordeaux, los saco Mao, los pantalones de seda Pucci, las camisas de crepé de Cacharel y los pullóveres de Bremer. Un pintor y diagramador llamado Bruchman contaba que mientras esperaba el colectivo se le acercó un policía para preguntarle porqué se vestía así. Le respondió que le gustaba de ese modo porque le parecía escaso el tiempo para darle la verdadera respuesta, la de que uno se viste del mismo modo en que pinta un cuadro, de acuerdo a criterios estéticos personales.

Y las mujeres? Las twiggy? Los lunares en las mejillas y las rodillas del diablo. Las minifaldas satánicas. La papelería de los medios invertía comentarios, críticas, reflexiones en estilo sociologizante, semiologizante, psicologizante, reflexivo, sobre las rodillas y las faldas cortas.

La revista Adán nos presenta a la nueva mujer argentina, aquella que desvive a los porteños en las vísperas del golpe del General Onganía y de su ayudante el mayor Ramón Camps. La mujer nacida para amar en una vida que es una compulsiva búsqueda de sensaciones. Esclava de anhelos imperiosos y dueña de una profunda veta instintiva. Su gracia felina se complace en tejer y destejer complicadas sensaciones eróticas... el muslo descubierto y un marco de pop art (y strass en líneas chispeantes), dos claros símbolos de rebelión y disconformismo.

Ebria de libertad y de vida, la mujer nueva lanza su desafío decidida a afirmar su yo libre de tutelas (luce un modelo Ives Saint Laurent)... tonos restallantes y detalles audaces confirman un milenario diagnóstico: voluble, caprichosa, narcisista... la inmemorial sabiduría que instrumenta su timidez, poblada de fantasmas y su exhibicionismo delata la inmutable naturaleza de su alma (modelo de Leonard)... segura de sí. Se siente suprema ordenadora del caos. Envuelta en la voluptuosidad del visón adopta la belleza y gracia para enmarcar su presencia serena. Fragilidad y contenida fuerza la ayudan a sortear las dificultades de su inalterable displicencia (modelo Nina Ricci). La modernidad de aquellos años se manifestaba con un nuevo instrumento científico-social: la encuesta. La gente opinaba en vivo, era posible interrogarla, descubrir sus intimidades, sus pensamientos ocultos y trazar variables, constantes, de las dependientes e independientes, tendencias, gráficos, el estado, la evolución, las curvas y la dinámica de la opinión pública, del estado mental de la población. La mujer, su condición, su verdad, los tabúes enquistados en su nivel mental como decía **Primera Plana**. Las mujeres para la encuesta organizada por esta revista se dividen en tres niveles sociales, esto por una parte, y responden de tres modos distintos según sus tres estados de ánimo que dependen de las tres luces del día. La codificación —aclara el semanario— muestra una notable curva de comunicación. Las mujeres son más parcas a la mañana, más comunicativas a la hora del té... quizás, agrega el cronista, debido a la melancolía del crepúsculo... y no sabemos por qué, las consultas nocturnas no aparecen, es posible que el cronista no quisiera molestar a las señoras en la hora en que se sabe que preparan la cena. Cómo es que la mujer elige pareja?Cuál es el

secreto de su elección?, inquieta a los argentinos en julio de 1967. Para interiorizarse y penetrar en los secretos de la vida moderna y del erotismo femenino era de época consultar con los nuevos especialistas del corazón, aquellos que encontraron las nuevas vías que unen el corazón —asiento tradicional de los sentimientos— con el clítoris, nuevo asiento del placer. Es decir los psicoanalistas. El psicoanalista Malfé, experto consultado, ubica la cuestión en el rango científico competente. El tipo y la forma de esa decisión depende de las experiencias infantiles. Esta imagen bien puede ser que se proyecte en el novio según otra imagen semejante del padre (no del padre del novio), o una imagen semejante a la del hermano, del tío, o que, por el contrario, el tema inconsciente incestuoso se conforme en una imagen completamente opuesta(!). Cuando a partir del 67 nuestro país sufre el flagelo de los hippies. **Primera Plana** retoma los contactos con los encuestadores de todo el mundo y da el resultado final: hay 300.000 hippies en el mundo. La misma revista en enero del 69 trasmite una noticia sensacional: un estudio serio y prospectivo hecho por la General Electric prevé que de aquí a dos décadas, el 75% de la clase media le volverá la espalda a los esquemas que hoy rigen a la clase media norteamericana y se volverá hippie. Este fenómeno de hippización universal y final tuvo lugar en el 89, y si no nos dimos cuenta es porque **Primera Plana** hacía tiempo que había dejado de aparecer.

Ni que hablar del nivel del cine exhibido en nuestras salas. Entre Bergman y Goddard las colas de asistencia cubrían las veredas de la avenida Comentes. Si tomamos este ímpetu cultural hasta sus últimas manifestaciones, sus brillos postreros, vemos como el semanario

Primera Plana en julio del 69, la misma semana en que asesinan a Augusto Timoteo Vandor que decían había hecho matar a Rosendo García, cuando en la tapa de la revista está retratado el dirigente sindical en el féretro, la redacción no descansa de su afán cultural. Junto a Vandor, está en la parte superior derecha la fotografía de Claude Levi Strauss. En este número de **Primera Plana** se enumeran las películas en cartel en Buenos Aires, para los cinefilos más exigentes: **Cul de sac** de Román Polanski; **La Guerra y la Paz** de Sergio Bondar-chuk; **The Players y los Angeles caídos**, opera prima de Alberto Fis-cherman; **Romeo y Julieta** de Franco Zeffirelli; **Vergüenza** de Bergman. En el teatro musical cantaba Nacha Guevara que con sus garras de felina —según insiste el cronista— atacaba a la Censura. Jorge Schus-cheim y Chemikoff nos proponían reímos de las solemnidades y la literatura no perdía altura: los best sellers se distribuían entre Paul Nizan, Heberto Padilla, Oscar Lewis, Guimaraes Rosa, Severo Sarduy. Nuestro brillo brillaba, y el semanario envía a su jefe de redacción Eloy Martínez para que entreviste al forjador de la gran moda francesa del estructuralismo. Un argentino en la Ciudad Luz en el núcleo mismo de la batería antropológica. El periodista junto al escritor César Fernández Moreno, autor de **Argentino hasta la muerte**, se lustran hasta hacer de sus cerebros el mejor de los charoles.

Cuando Lévi Strauss decía que la idea del hombre como centro del universo ideada por el Renacimiento....

Periodistas—: sin embargo, la idea del hombre como centro de la creación y de la tierra como núcleo del universo es anterior al Renaci-

miento. También lo es la partición de cuerpo y alma, que no existe en las filosofías orientales. Cree usted que ese desdén hacia lo que no es humano deriva de Aristóteles, por ejemplo, o más allá todavía: de Platón?

L.Strauss–: ése es un problema para los historiadores de la filosofía. Yo nada sé.

Demasiado prudente Levi Strauss, y raro, pensamos, si no lo sabe el sabio quién lo sabe además de los argentinos de **Primera Plana**? Quizás se haya desconcertado ante la información enfática de los periodistas que le contaban que en las filosofías orientales no existe esa partición, la del cuerpo y alma, a pesar de la famosa transmigración y aquello de hoy hombre mañana sapo, pasado mañana periodista, y todo por vivir en las redes del ‘maya’, de la ilusión. Quizá el profesor prefirió pasar a otro tema ante la duda de si los orientales tan enteros aparentemente no eran, para los cronistas, nuestros vecinos los uruguayos.

Periodistas–: vio 2001, **Odisea del espacio**, el film de Stanley Kubrick?

L.Strauss–: sí.

P–: qué piensa de las ideas sobre Dios, el mundo y la tecnología que propone este film?

L.S.–: no pienso nada.

Evidentemente el profesor Levi Strauss no iba al Lorraine. Y para terminar esta entrevista guardada en los anales del periodismo culto,

P-: considera válida la puesta al día del pensamiento marxista hecha por Louis Althusser?

L.S.-: les confesaré francamente que jamás leí a Althusser. Lo siento.

El semanario insistía en la modestia del profesor, seguro de haberle hecho la mejor entrevista que jamás hubiera tenido.

Pero para descansar un momento de las encuestas y de tanto brillo, si la tasa de la inflación anual había sido en el último gobierno radical, el del doctor Illia, de 28,6%, lo que reflejaba una administración de correcto desempeño, si el déficit de las finanzas públicas se había reducido de 575 millones de dólares a 247 millones, si los argentinos gozaban del mejor momento de su producción cultural, por qué entonces las encuestas que transcribe Guillermo O'Donnell en su libro **El Estado Burocrático Argentino 1966-1973**, dicen que el 66% de los encuestados aprobaban el golpe de estado del General Onganía, y sólo 6% se oponía al mismo? Y ante una encuesta en el Gran Buenos Aires en la que a la pregunta acerca de si había sido necesario el golpe del 28 de junio, el 77% había respondido que sí? Algo andaba muy mal en el país, profundamente mal. Bajemos entonces de nivel, descendamos y miremos las raíces.

Dios no es neutral

Hoy, en 1994, se habla de la crisis de la democracia representativa. Se ha pasado de la frase ‘la democracia es el menos malo de los regímenes posibles’, a los lemas sucesivos sobre la mafiosa corporación de los políticos, la necesidad de un campo de análisis acerca de las limitaciones del sistema representativo de gobierno... los índices de escepticismo acerca de la capacidad de las instituciones del sistema democrático para satisfacer las necesidades populares como lo señalan cada vez más periodistas políticos. Se dice que la democracia representa cada vez menos a sus electores, que los partidos políticos no sirven para nada, que los políticos son todos unos ladrones... cada vez se suman las voces desencantadas, condenatorias, denunciativas de la democracia liberal. Esta crítica no es nueva, más aún, es una constante del siglo que acaba. Tuvo momentos de alto nivel, fue en las primeras décadas del siglo, con el advenimiento en muchos países de Europa de la ola fascista y de las rebeliones comunistas, años en que la prédica antiliberal sedujo a las masas. La palabra democracia no se identificaba a la democracia liberal representativa, como las mismas siglas lo indican, era una forma entre tantas, y, en realidad, una forma falsa, hipócrita.

El comunismo basó su crítica en su repetido esquema de poder con el que dividía a la sociedad en dos clases antagónicas que más allá de su descomposición en fracciones se resumía en la lucha final e inevitable entre burguesía y proletariado. Quizá por eso su análisis se tornaba monótono, y algo limitado, en la medida en que la modernización de la sociedad industrial y postindustrial transformaba la división clásica

con la aparición de nuevos grupos sociales y nuevos intereses en conflicto que no se reconocían en la división binaria de las sociedades históricas.

Pero el fascismo fue más matizado, y al no basarse en una teoría de la historia que le suponía un destino y una causalidad constante, diversificó sus críticas a la democracia y multiplicó sus argumentos de un modo a veces algo más enriquecedor, lo que no quiere decir muy imaginativo. Fascismos los hay muchos y su coherencia doctrinaria es muy difícil de establecer, la unidad se establece con más facilidad en la convergencia y en el estilo semejante de sus críticas a la modernidad democrática o, para decirlo con un idioma quizá más adecuado, a las diversas formas del liberalismo político. La vida fascista es un aspecto del microfascismo, por microfascismo no nos referimos a un fascismo pequeño, evidentemente. Pero tampoco a un fascismo cuyo modelo es el del gobierno italiano de Mussolini, ni el de Hitler y su proyecto de depuración de la raza, ni las distintas variantes emergentes entre Zalazar y Stroessner. Nada tiene que ver con la etiqueta del totalitarismo o del autoritarismo o del fundamentalismo. Es decir no se trata de un pregón desde la buena consciencia política. Más aún, no sería desdeñable ya que según algunos, por fin nos hemos dado cuenta de las falacias de los intentos mesiánicos y del error de creer en los beneficios de los golpes de estado purificadores, ahora que ya sabemos que es necesario salvaguardar cueste lo que cueste las instituciones de la democracia, ya que está de moda este pregón, sería bueno que no repitiéramos los errores de las democracias de las primeras décadas del siglo que terminaron humilladas por el auge fascista, por las derrotas

aplastantes en las elecciones de los años 20 y 30, y que ofrecieron al mundo masacres de dimensiones inabordables. Son muchos los que en América Latina creen, y desean, que termine esta farsa republicana para poner de una buena vez por todas las cosas en orden.

Por lo que de nada sirve la buena consciencia republicana y si el darse cuenta de que las democracias occidentales para instalarse con peso en nuestro siglo ya adoptaron muchas de las formas del fascismo e hicieron suyas varias de sus críticas para lograr una mejor lubricación. No hay regímenes puros, sino mixtos. Y si bien son muchos los que dijeron que el socialismo aportó al capitalismo parte de su prédica, que las reivindicaciones sociales de las organizaciones del socialismo sembraron su semilla para humanizar al capitalismo, si, supongamos, esto fuera cierto, no lo es menos que el fascismo —y esto ha sido mucho menos estudiado— también dejó sus semillas, y sus plantitas. Cuando hablamos de microfascismo nos estamos refiriendo a la dimensión ética del fascismo, lo que no siempre coincide con su marco político. Cuando se habla de una política del deseo, y de una dimensión ética que se teje con las sensibilidades sociales, el fascismo ya no es asunto de consciencias preclaras, cuentan tanto las vísceras como las ceremonias retóricas. Es la entretela del alma y del cuerpo. El periodista Ignacio González Jansen habla **del pasaje de la guerra santa a la guerra sucia**, es decir, en nuestra historia política, de los sesenta a los setenta. Creo que es una nomenclatura precisa para designar dos grandes períodos de nuestra historia reciente. A nuestro entender una no pudo ocurrir sin la otra, **la primera fue la metafísica de la segunda**. Es cierto que la casta dirigente que subió al poder con Onganía, milita-

res y algunos ideólogos, mira con sorna y desprecio a las huestes de Videla, los considera ineptos, corruptos, sin preparación intelectual, sin proyecto, innecesariamente sanguinarios. Pero nada de lo que ocurrió en el Proceso hubiera sido posible sin la meticulosa preparación ideológica y cultural de la conocida Revolución Argentina. Fue con ella que se sientan las bases de la cruzada moral de los argentinos, el proyecto de un país puro, de su inscripción en la civilización occidental y cristiana y de la limpieza cultural de todos los elementos ideológicos que pululaban en el planeta como virus de posguerra. Alguien dijo que la Argentina no se había resignado a su derrota durante la segunda guerra mundial, es una broma seria, en todo caso, la derrota política podía compensarse con una victoria cultural. Es a esta guerra santa que nos referiremos, en ella se destacan los aspectos salientes del microfascismo argentino, el delineamiento de una deshumanización, de la identificación de aquellos elementos sociales que han perdido la categoría de personas y que deben ser eliminadas para construir la Ciudad Católica. No nos estamos refiriendo al delirio paranoico de algún extraviado, todo lo contrario. Se trata de uno de los grupos políticos mejor preparados en los últimos tiempos de nuestra nacionalidad. Es cierto que en los tiempos del Proceso parecía no haber otra consigna que la de eliminar subversivos, el modus operandi podía ser cualquiera mientras fuera efectivo, y no se vislumbraba con claridad qué tipo de sociedad constituía el ideal de los jefes y que sociedad querían establecer. Se decía que al terrorismo no se lo podía combatir con las instituciones democráticas, las que eran permanentemente desbordadas, pero no se entendía a qué iba a llevar la famosa Reorganización. Pero no fue así en la década anterior. Para salir del

círculo peronismo–antiperonismo era necesario una nueva sociedad y una nueva cultura para una Nueva Argentina. La Parroquia del Cristo Rey, el Ateneo de la República, la organización de la Ciudad Católica, la revista Verbo, los Cursillos de la Cristiandad, los brigadieres y comandos discípulos de Bruno Genta, la especial atención que recibían los dirigentes de la organización neonazi Tacuara por los más altos funcionarios políticos del gobierno, la prédica atentamente escuchada de su pastor, el padre Meinville, la asesoría de jóvenes brillantes como Grondona, Saravia, Castex, la preparación doctrinaria de la cúspide militar, son algunos de los andamios institucionales de lo que Gregorio Selser llamaba el ‘onganiato’, la combinación entre el hisopo y la espada.

El Gobernador de la Provincia de Buenos Aires General Francisco Imaz dijo en los comienzos del gobierno de Onganía: “la disyuntiva no es desarrollo contra atraso y miseria sino: sociedad con alma o sin alma. Sociedad con Dios o sin Dios. No hay términos medios. Y nosotros los hombres de la Revolución Argentina, ya hemos decidido: con Dios!” El padre George, es decir el señor Grasset, sustento espiritual de los miembros de la O.A.S, de los militares franceses antigauillistas que combatían a las fuerzas del F.L.N. argelino y no renunciaban a la Argelia francesa ni a métodos de tortura que se hicieron famosos en todo el mundo, llegó a nuestro país a fines del 50 y se vinculó con sectores de nuestro ejército como el coronel Juan Francisco Guevara, uno de los secretarios de Onganía, quien en los cursillos de la cristiandad y desde la revista Verbo trasmite meditaciones solemnes, así es como nos decía el Padre Georges: “el hombre es criado para alabar,

hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma, dice San Ignacio. Y si este es el fin del hombre, tal debe ser también el fin del orden humano. Y puesto que este fin es sobrenatural, el gran obstáculo para su realización es el naturalismo, su gran enemigo la Revolución, que es el naturalismo en acción”.

Grasset como Guevara nos traen los resultados de las elaboraciones de Jean Ousset, espiritualista católico cuyas obras son muy apreciadas por círculos eclesiásticos y militares, hasta tal punto que el coronel Guevara apodado el ‘Tú’ para diferenciarlo de su primo el Che, tradujera sus libros y el primado de la República, Monseñor Caggiano le hiciera los prólogos a este pensador que no dudaba en apuntar: el liberalismo es el verdadero enemigo. Es decir Poncio Pilatos, todos los Poncio Pilatos del mundo, aquellos que se lavan las manos frente a la verdad del mismo modo en que se las lavó el desgraciado romano que exclamó ‘quid est veritas?’ cuando Jesús le decía: ‘ego in hoc natus sum et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati’ (he venido al mundo para dar testimonio de la verdad).

Es propio de los liberales el tomar distancia de la verdad, ellos los inventores macabros de las tolerancias, del cada uno crea en lo que más quiera, los pobres cerebros pragmáticos, dice Ousset, que se cobijan en las faldas del principio de la respetabilidad de las personas. Porque si en algo puede resumirse la falacia del mundo moderno es lo que se ha hecho con la Verdad, no con Dios, con ÉL nada puede hacerse porque nos es inalcanzable, pero lo que se ha hecho con su principio, el de la Verdad. Los modernizadores se han divertido en los

últimos siglos en quitarle la mayúscula en nombre del pluralismo y de la libertad, doncella dorada inventada por Satanás. Lo que los liberales pluralistas llaman fundamentalismo en realidad es un apostolado, el principio de que en el orden de la Verdad no hay límites ni vacíos. En el orden de la Verdad no puede haber tolerancias. Rivanera Carlés sostiene que el pluralismo ideológico se funda en el relativismo que ignora que la naturaleza de la comunidad es unitaria. Las teorías anticomunitarias —agrega— no tienen derecho a la circulación, como los alcaloides. Se exige una labor de eugenesia social. El error no tiene derecho a la existencia, propaganda ni acción.

Por eso el coronel Guevara llama la atención sobre la falacia sobre la que se sostienen los artículos 14 y 20 de nuestra Constitución, el desorden conceptual que enuncian cuando mezclan en un mismo apartado el derecho a trabajar, o de navegar, el de transitar libremente, el de publicar sin censura previa, el de usar la propiedad, todas estas y otras libertades se agregan a la de ‘profesar libremente su culto’. Se ha manchado el orden del Ser y se ha desacralizado aquello que no puede serlo: la Verdad. Es ridículo y sacrílego autorizar la libertad de cultos, lo es el de legitimar el error y la mentira, sus consecuencias prácticas son inconcebibles para la Ciudad de Dios: el amparo de la Ley al canibalismo, el demonismo, a la mixtura de sectas. Por eso el coronel no se extraña de que el mundo que hoy gustamos llamar occidental y cristiano se resquebraje por los cuatro costados y que los crujidos de la estructura que se deshace ya tenga dimensión cósmica. El predicador Ousset vuelve a preguntar *quid est veritas?*, qué es la verdad para un demócrata liberal?, la fórmula de Pilatos surge espontáneamente en los

labios desde que se evoca a un demócrata. Para Ousset el mundo es un engendro de prototipos, de éstos hay dos fundamentales, el mencionado Pilatos, el liberalismo de la gente correcta, los higiénicos progresistas que se lavan las manos en la cuenca de sus conciencias sensibles, y los Herejes, representantes del liberalismo crapuloso, del libertinaje de la herejía social, la que aplica el Estado Moderno, el cesarismo monopolizador de aquello que se adueña de los espíritus y de las almas: propaganda, espectáculos, información, universidad, cultura. Ousset baja del Gólgota con papeluchos en la mano, son programas de espectáculos, resabios que dejan los espectadores cual zombies endiablados, dice Ousset, que se entretienen con la apoteosis de la carne como el cine, la literatura malsana y el arte corruptor. La Verdad es, el Error es, la Verdad no es el Error, la verdad no será nunca error pese a Popper, ni el error verdad. A la Verdad se le opone la mentira, porque la verdad no pertenece al orden de la cantidad, invento del cartesianismo, no es el terreno de la precisión, la Verdad tiene dimensión ontológica, pertenece al orden del Universo y de su médula: el Ser, y sus rayos son éticos. Aquel que no se deja iluminar por la luz gótica del Ser perderá los rayos de la ética, y se lo tragara la negrura, desaparecerá. Lo diré una vez más, la doctrina del Ser argentino es parte de una ética como supresión y de una ontología como descalificación. Hay entes a suprimir.

Por eso afirma Ousset mientras es bendecido por nuestro primado y traducido por el coronel: “o la Iglesia da su sentido a la sociedad o esta sociedad se ordenara en contra de ella. La neutralidad es imposible. Es imposible que una doctrina no reine sobre el Estado. Cuando no

es la doctrina de la verdad será una doctrina del error”. El 23 de agosto de 1963, el Arzobispo de Paraná, Monseñor Tórtolo, también hace su presentación del pensamiento de Ousset. No pierde el tiempo y se centra en las verdades mínimas. “Dios no es neutral. Aprueba o desaprueba; en Él no cabe tercera posición. Nadie puede servir a dos señores”. Por lo que aquello de lo que es del César y lo que no lo es, no es cierto. Todo es del César, y el César está en los cielos, la ley no se reparte, es una e indivisa. Ousset lo demostró en más de un renglón. Contra aquellos que se sostienen en las palabras de Jesús: ‘mi Reino no es de este mundo’ para pregonar una religión del corazón y del amor lejos de la política de este mundo, Ousset dice: ‘de este mundo’ no significa en modo alguno que Jesús se niegue a reconocer el carácter de realeza social de su Soberanía. La frase ‘de este mundo’, ‘de hoc mundo’ expresa aquí el origen y ningún latinista lo ha negado nunca. Mi reino, parece que dice Jesucristo según se lo comunicó a Ousset, es ‘sobre’ este mundo, no proviene de él, viene de lo alto y abraza lo bajo. Mi reino, dicta Dios al francés en la página 15 de su obra **“Para que Él Reine”**, “no conoce fronteras; no depende de un plebiscito ni del sufragio universal. La buena o mala voluntad de los hombres no puede contra él”. Debe quedar claro para nosotros, es decir para los comunes que practicamos poco el francés y a los que no nos habla Dios, que a Dios no se lo vota, ni a Onganía tampoco. Dios está en todo, lo repite Tórtolo, en una ley de alquileres —enumera el Monseñor— una huelga de obreros, en todo están en juego los dos señores porque en última instancia están en juego la moral y la justicia, el bien y el mal, el orden y el desorden. Las ciudades temporales están pobladas por los hijos de las tinieblas que las hacen humanamente inhabitables y nos amenazan

con ruinas. Mundo moderno y Dios parecen rechazarse y no por culpa de Dios. Es por el cristiano que Dios espera el reencuentro con este mundo. La sociedad humana —sopesa el Arzobispo— en su fin temporal está regida por la política. El objeto formal de la política es el bien común temporal: el bien de la Ciudad Temporal. Este bien se fundamenta en el orden moral. El orden moral depende esencialmente de Dios. Política sin Dios es antipolítica, porque es ordenamiento ‘al mal común’, a la autodestrucción de la sociedad. El hombre depende metafísicamente de Dios en su ser y en su obrar. La sociedad humana tiene hacia Dios la misma relación y la misma dependencia que el individuo. Por eso no puede ser ni atea, ni agnóstica ni laica. Debemos inaugurar el Reinado Social de Jesucristo, el mundo en que el hombre y la sociedad humana viven en Cristo su metafísica dependencia de Dios en un orden verdadero; el orden esencial de la Verdad, de la Justicia y del Amor.

El reinado sacrosocial no admite tregua para su instauración dirá el Cardenal primado de la Argentina de los sesenta. Monseñor Caggiano: “estamos en plena lucha y no acabamos de persuadirnos que se trata de lucha a muerte organizada y dirigida con inteligencia y sin frenos morales, llevad con decisión y sin rehuir medios de conquista —el marxista parte del supuesto de que el hombre es sólo materia y de que su origen obedece a un principio casual. Algún día demostrable por el cálculo de probabilidades, lógico es pensar en la evolución permanente indefinida de ese ser natural, centro del universo, dios de sí mismo, artífice de su destino a la par que su propia víctima; que puede y debe ser sacrificada cuantas veces convenga a ese horrible

Saturno que en vez de devorar a sus hijos, se devora a sí mismo sin saciarse ni arrepentirse, porque de este autodevorarse obtiene el alimento que lo hace vivir, durar, perfeccionarse, crecer”. El marxista de Caggiano nace del pensamiento satánico que aparece como un Saturno de pesadilla, monstruo que come de sí en una autofagia atea originada según Caggiano en Descartes, luego Lutero, y siguen para el prelado, Voltaire, Malthus, Kant, más tarde el golpe de gracia de Darwin... y la obra esencial que es la de Hegel. Y el demócrata para Ousset es un invento de la disidencia religiosa que llegó a América del Norte, la de los cuáqueros y anabaptistas del siglo XVII que con su espíritu de secta y de perseguidos, idean los principios mediante los cuales sus congregaciones debían gobernarse a sí mismas. La democracia fue una institución religiosa nacida de las cenizas de Lutero, que una vez renacida da lugar al temido ateísmo social de las sociedades laicas. El varias veces bendecido Ousset enumera al fin al último e infaltable personaje que oscurece Su reino de este mundo: el judío.

Ousset apela a las sensaciones: “el carácter judío, la carrera hacia los deleites más inmediatos, la lujuria más innoble, babeante y ruidosa, la glotonería y su eruptivo cortejo, la pasión sórdida por el oro, la usura, la rapacidad, las horribles características físicas de supuración y el encorvamiento que todos esos vicios arrastran y también la burla sarcástica (Heine, Offenbach), con respeto a todo lo que no sea judío, un espíritu de duda tenido de amargura, tiritando de fiebre, poseído por alucinaciones —una eminente aptitud para desobedecer, determinada por una mezcla singularmente turbia de espíritu crítico y de pasiones— esto de Maimónides a Charlie Chaplin...”

Pocas veces se dijo tanto en tan poco tiempo y espacio. Ousset, el magno pensador de nuestros monseñores, nos dibujó al judío que vomita nuestro ser. Deforme, llagado, babeante, lascivo, avaro, y con galera y bastón. Para algunos librepensadores les puede parecer que estamos en presencia de un modo de pensar propio de personajes de **Rosemary's baby** y que vivir en un país en el que la clase dirigente piensa al estilo de Ousset y sus padrinos espirituales otorga las mismas sensaciones que las que tenía **El Inquilino** en la otra película de Polanski. Lo que a veces es cierto.

Un Gobierno de Heladeros

A fines de junio de 1966 Onganía toma el mando de la República y dice a sus conciudadanos que la hora de ser fiel a nuestra historia ha llegado, porque no hemos sido fieles, estuvimos a punto de traicionar el porvenir que nos merecemos, no sólo no nos hemos hecho cargo del legado de nuestros próceres, sino ni siquiera hemos tenido la mínima lucidez para adueñarnos de nuestras potencialidades, ignoramos las riquezas que tenemos, no estamos a la altura de nuestros altos designios, no hemos hecho más que jugar a ser prolijos, jurídicamente prolijos, formalmente legalistas. Pero la subordinación a la ley —recuerda el general Onganía en su primer mensaje al país— implica la obligación gubernamental de darle contenido a la ley, de hacerla fecunda. Porque si no es así, entonces el sistema institucional se convierte en una carga que oprime al país y anula sus mejores energías.

El pueblo tiene derecho a rebelarse cuando el sistema representativo de democracia formal cohibe la libertad de hacer y el futuro que la Nación se merece. De nada sirve el acatamiento formalista a normas desprovistas de vigencia efectiva que no hace más que debilitar la fe y generar el escepticismo. Todos estamos convencidos —agrega el Presidente— que no podíamos seguir viviendo en medio de la ficción y el desprestigio. Por eso en esta hora de la espada y de los augures de nuestros padres, el general culmina el breve discurso con una invocación a Nuestro Señor mientras estampa la firma junto a los ministros, antes de que —por primera vez en la historia argentina— el cardenal primado Monseñor Caggiano ponga la suya en el libro rubricado de la patria.

Y es cierto lo que dice Onganía, todos estábamos convencidos de que tenía que terminar el gobierno del doctor Illia. Los estudiantes que le gritaban de todo cuando oscilaba entre mandar víveres a Saigon como gesto simbólico de apoyo en la lucha contra el comunismo vietnamita o recordar la doctrina Drago, los sindicalistas que representaban a las masas obreras proscriptas, los militares que veían el descaro con que el presidente civil trataba a sus comandantes, la intelectualidad de izquierda porque el gobierno radical no era de izquierda, las fuerzas políticas del desarrollismo porque veían a los radicales como a primos históricos ineficientes y anticuados, el periodismo moderno porque los radicales no eran modernos, la clase dirigente empresarial porque el gobierno hacía juridiscismo cuando de lo que se trataba era de ejercer la autoridad, la Iglesia porque veía en la casta política regente a un grupo débil de antigua cepa democrática que dejaba que se asentaran a buen resguardo las semillas del marxis-

mo corruptor... y el 70% de los encuestados por los institutos de opinión pública. Las colas de los cines cultos, la de las muestras de arte culto, el boom de la novela, el lleno de los café concert, la guerra contra la solemnidad, las propuestas de creatividad pública, los happenings, los vemissages, los cocktails, las ganas de mostrar y apretar secretarias con teléfono y minifalda, la semblanza de ejecutivos con ataches de cueros, los periodistas más que cultos que estaban a la par de Lévi Strauss, las innumerables agencias de publicidad en el nuevo mundo de la imagen, los cigarrillos largos y con filtro, esa mezcla de París para los libros y la moda y Nueva York para el arte visual... clausuraba la Argentina de la Glostora, el Billcream, la Brancato con Cheseline, el buen aliento para las mujeres que usan Colgate y entrábamos al primer mundo. Pero no era así para todos. Los intelectuales de la revista **Ulises** afirmaban en junio de 1966 que la decadencia de los pueblos se mide por su afán de retratarse, y que este afán tiene una historia que comienza con un peronismo que lanzó al mercado dos productos que habían de influir en las costumbres del porteño pequeño burgués: la inflación y el cabecita negra. La inflación vacía al porteño asalariado poniendo a su disposición una cantidad cada vez mayor de cosas superfinas que en el asedio de la inseguridad económica y el fracaso político vuelca sus ocios en una autocontemplación... la moda, el automóvil, las películas intelectuales, las novelas fuertes y sobre todo la necesidad de gastar. La admiración por el sueco Bergman 'que nosotros descubrimos' con sus folletines quintaesenciados y condimentados con salsa metafísica o con manías sexuales, al tono y gusto de nuestra burguesía intelectual, tono y gusto que poco tiene que ver con las películas y sí con una crítica cada vez más sofisticada e ininteligible. El

miedo de los grasas y los mersas a no parecer cultos y resignarse con vergüenza a las películas de aventuras —las novelas audaces traducidas del inglés y del francés, las audacias nacionales de escritores fronterizos como Viñas, Saenz, en medio de una cosa literaria que obligan al porteño en ascenso cultural a leer bodrios. Así es la década del 60 para la revista **Ulises**, eco del pensamiento de los hartos de esta modernidad de pacotilla que vive del cada vez menor valor del dinero que hace que el porteño compre televisores, muebles modernos, objetos de arte, frecuente boites, saquee los escaparates de la avenida Santa Fe y que cada vez viva peor, coma peor, pero que no deja alternativa a una clase alta que se ve obligada a inventar nuevos hobbies y fobias para permanecer inalcanzada por los trepadores. Así estábamos los porteños hace treinta años, en medio de una insistente vocación por la tontería y por —subrayan los de **Ulises**— la subversión sistemática. Este es el resultado de un Estado que cree que debe estar manejado por mercaderes y no por estadistas, santos o guerreros. Un mundo habitado por los apátridas, es decir por los magnates y los ejecutivos, reyes de una fauna de play boys, barbudos, mujeres extravagantes, niñas minifalderas, modistos invertidos, gerentes corrompidos: todo el universo que constituye la inmoralidad y la estupidez argentina. Este mundo hueco era gobernado por los honestos profesionales provincianos, sacerdotes de lo jurídico, con un ligero ritual progresista que les viene de su radical plebeyismo, de su sensualismo demagógico, de su impronta de comité, de su respeto anciano por la voluntad general que nace del niño electorado, de sus cantos carraspeados de sirena que siempre piden elecciones, democracia y desorden, los tres factores necesarios para no trabajar.

Así son los radicales, amantes de la cháchara y de las vaguedades, de los lugares comunes y de las perogrulladas, de las fórmulas y de los apriorismos, estos —refuerzan los de **Ulises**— protagonistas de un sentimentalismo maricón y cobarde, el estúpido y suicida intento de aplicar fórmulas jurídicas a problemas políticos —todo ese estilo pleno, garro y graso de los de la blanca boina. Hay que terminar con ellos, y lo que dicen los de esta revista es la miniatura del pensamiento general de la sociedad argentina: más allá de la honestidad administrativa y del manejo discreto del dinero público, más allá del respeto de las libertades fundamentales o del llamado a elecciones sin limitaciones, o de la neutralidad en término de política exterior, de la libertad de prensa y de las artes o de cualesquiera de las bondades de un gobierno bondadoso y de un presidente bondadoso, era la hora de la Revolución y de un nuevo Jefe, la hora de la grandeza, la hora del Monarca como pedía el doctor Grondona.

Los de la revista **Ulises** no pretendían permanecer en una actitud negativa sino también sugerir medidas a tomar con urgencia para salir de la mediocridad y del conformismo ambiente. Fundamentalmente dos medidas para combatir lo que llamaban el sentimentalismo rioplatense. Medidas patrióticas que eleven el temple como: a) una planteo bélico contra Chile por un asunto limítrofe; b) una operación comando contra los ingleses en las Malvinas. En esto no se trata de ideología, dicen, sino de buen sentido, más aún, de lo que llaman un buen sentido del humor para el divertido invierno de 1966.

Éstas eran recomendaciones de un grupo de periodistas, políticos, sumamente amoldados al medio ambiente y a las intenciones que traía

el grupo dirigente que había tomado por asalto la Casa Rosada. Por asalto es una manera de decir. Roberto Roth no hace más que dar una muestra del tipo de fortaleza que había que penetrar, cuando recuerda que al asumir sus funciones administrativas en casa de gobierno, uno de las primeras tareas que se vio obligado a realizar, fue el desmantelamiento de la fábrica de pastas y de la fábrica de helados que los radicales habían instalado en la casa de gobierno, pequeñas empresas de comestibles clásicos con los que el gobierno satisfacía el paladar de allegados, afiliados y necesitados. Pero lo que sí había que desmantelar era la Universidad que para los de la revista *Ulises* era un ghetto en el que abundaba una comparsa de muchachos poblados de acné, abundantes narices corvas y ojuelos lacrimosos que se acercaban desde Villa Crespo a los centros académicos. La Universidad ligada a un ambiente cultural que el alto funcionario y confidente del Presidente Onganía, el científico y jesuita don Mariano Narciso Castex, calificaba como una comunidad intelectual con relativa producción original, abundosa y amante de kilos de trasplantes culturales y tan ávida por las novísimas corrientes ideológicas parisinas como podría estar una joven prostituta con una renovada clientela. Esta desviación —continúa este inminente patricio— no se encuentra ni en la clase aristocrática argentina ni en el proletariado. Abunda en cambio —recuerda— en el nivel burgués, estrato en el que la guerrilla se expandió como un rayo.

Cómo describir a nuestra Argentina en aquellos tiempos prerrevolucionarios, momentos en los que lo más granado y esclarecido de nuestra clase dirigente decide hacer tabla rasa con el pasado e iniciar los destinos de grandeza de una Nueva Argentina? El mismo doctor

Castex lo dice con su prosa aristocrática: “como el demente, nuestros tiempos nacen, crecen y se desarrollan de continuo en la falacia y el autoengaño. Nuestra Argentina participa de todo ello y en el conjunto neurótico–psicótico que amalgama las naciones escindidas en bloques que se autodestruyen, vaga feliz en su locura, proclamando su salud, su equilibrio, su felicidad inconsistente, no con la soberbia del fariseo que agradece al Supremo el no ser como los demás hombres, sino con la ingenuidad del niño que busca confituras entre el fuego graneado de un frente de combate”. La Argentina niño que no se considera un niño elegido como otros niños del Antiguo Testamento, perdió los confites y en el frente de batalla los busca, no lejos de los catalejos del Intachable. Cuando esta terrible escena llega a su mira, el general se monta en su tanque blanco y avanza raudamente para conducir a la dulce argentina, lejos de los serviles estados uncidos al carro de los vencedores. La unión de la caballería jesuita y la de los comandos de nuestro glorioso ejército, constituirían para Castex, el batallón salvador de la niña Argentina. Caballería antigua y moderna que es —dice el caballero Castex— cuña de avanzada, cuya carga es turbonada, avance calculado, impulso veloz que irrumpe, escindiendo horizontes, escapando de continuo hacia el infinito que convoca. Lo demás —agrega— lo hace la tropa, que la sigue. Como parte de la tropa ahí vamos, a seguir las primeras cargas de la caballería de los sesenta.

Del Chimichurri al Bel Canto

Uno de los primeros embates estuvo dirigido a las costas, en tanto ribera y límite de nuestra territorialidad. Allí, en la avenida Costanera, los porteños estaban acostumbrados desde hacía décadas a ver estacionado una especie de container fisurado, el desván de una perdida casa rodante que en línea sucesoria, desde las esculturas de Lola Mora en la Costanera Sur, hasta los últimos vestigios de la Costanera Norte antes de empinar el codo en lo que hoy llamamos Ciudad Universitaria —que también fue creada por el Intachable luego de la carga de la caballería contra el bastión de los alquimistas de Marx— allí, bordeando las veredas de los cazadores de bagres y mojarritas, se erguían estos establos descoloridos que vendían choripán y que eran conocidos con el apodo de ‘los carritos’. Ningún gobierno había podido con ellos hasta que el Capitán de Navío Enrique Oreen, cuñado del Intachable, a dos meses de la Revolución, se les enfrentó y tras ruda batalla derrota a los 46 carritos enemigos. Gregorio Selser lo llamó en la época: ‘héroe de la reciente batalla de la Costanera’, cuya gloria se vio aún más enaltecida cuando con la polvareda aún vibrante en los aires, sin el reposo en tierra que ofrece la paz de la victoria, dice: “repudio y combatiré al liberalismo ateo que busca la destrucción de todo aquello que constituye los pilares básicos de la argentinidad”. Una vez provocada la estampida de los choriceros, el 27 de julio de 1966, hacia la medianoche, el Capitán de navío (R) Enrique Green Urien, anunció por televisión que “se reprimirá en forma ágil y concreta a las revistas pornográficas. Y en esto es preferible que se nos vaya la mano y no que se nos quede corta. No hay que olvidar que todo esto es la base de la penetración comunis-

ta”. Sin duda la mano se le fue al capitán de navío porque de paso también se llevaron, entre otras cosas, obras de kiosko editadas por Eudeba del autor Román Gómez Masia, no precisamente pornográficas sino mas bien teológicas. La obra *El Señor no está en casa* es una comedia sobre las dificultades administrativas del paraíso, los estorbos burocráticos de San Pedro al recibir a las almas de la tierra, las quejas que los funcionarios canonizados deben escuchar de parte de quienes se creen merecedores del Paraíso, como aquella mujer asturiana que se suicidó y mató a uno de sus hijos cuando las tropas le arrancaron a su marido minero y lo mataron ante sus ojos y los de su pequeño vástago, ella, que según San Pedro trabajó y trabajó toda su vida, y parió y parió la misma vida hasta el día en que cometió el sacrilegio, quería más justicia que la que el cielo quería proporcionarle, no quería separarse de su hijo guardado en el Paraíso en la séptima compañía de querubines revoloteadores. Por esta humilde queja ante la burocracia celestial, el Capitán Green cumplió con su deber.

Son por demás conocidas las desventuras del Comisario (R) Margaride —conocido por el apodo de ‘la topadora moral’— a cargo de la Comisión General de Inspección, dependiente de la Municipalidad, que sintetizaba con precisión su concepción del mundo cuando aseveraba que la inmoralidad es otra forma del delito. Hasta sus mismos compañeros de trabajo sonreían ante su devoción puritana cuando hacía sacar a las parejas de los hoteles alojamiento, las metía en camiones celulares y llamaba a sus respectivos cónyuges en el caso de que se comprobara de que cometían adulterio. O sus incursiones nocturnas en los bosques de Palermo, en el reducto porteño conocido por ‘Villa

Cariño' en el que parejas en coche practicaban varias modalidades del erotismo delictivo. Todavía pueden conseguirse los recortes de los periódicos en los que se ofrecen a precios llamativamente baratos inmuebles de albergues transitorios con dificultades de funcionamiento. Da risa esta desmesura oficial, parece material apto para una película de la picarezca porteña, con sus funcionarios estrictos en las normas de la higiene pública, el grotesco de la censura como la de aquella directora de un colegio Normal que en agosto de 1967 prohíbe hablar a las alumnas en los recreos de 'cosas serias'. O la dedicación a su deber del Secretario de Abastecimiento Juan Mirabella que no sólo impone el reglamento al personal de su repartición de pararse cada vez que entra un superior en la jerarquía, sino que también dispone que cada empleado debe llevar una camisa con dos bolsillos en la parte delantera. Pero esta comicidad es relativa. El celo con el que se lleva a cabo una operación cultural como la que emprendió la Revolución Argentina no carece de sus aspectos aparentemente ridículos, esta ridiculez hace decir incluso a los más incondicionales del Gobierno que no es bueno llegar a extremos no acordes con la modernidad, que todo el mundo nos mira desde afuera, que no debemos parecer más papistas que el Papa, que no es bueno confundir el grano con la paja, que hay que limitar los excesos en la purificación, que podemos tener dificultades con el stand by si olvidamos la religión de los grandes magnates de las finanzas. Cada régimen tiene a sus moderados, aquel también los tenía. Hay distintos tipos de moderados. Aquellos que consideran que cerrar la boîte Mau Mau porque daba una promocionada fiesta con el lema de 'Sea Infiel' (deje de comprar las grandes marcas) para conmemorar el éxito de una campaña publicitaria de 'Master', nueva marca

de cigarrillo, fiesta interrumpida por el Director de Espectáculos y Diversiones de la Municipalidad, coronel José Bernardo Tabanera, medida reforzada por el Secretario de Abastecimiento y Policía Municipal, Héctor Fernando Guevara que decía: “...es inadmisibles que una empresa invite a festejar algo promoviendo a la infidelidad. Así se promueve la traición a la familia, la Patria y todo lo sagrado. Con eso se persigue la disolución nacional...”, hay quienes consideran que estas medidas son inapropiadas especialmente si los que festejan son gente seria, funcionarios quizás, empresarios, señoritas de familia, que si algún exceso amoroso hubo en la fiesta seguramente fue protagonizado por una modelo brasileña, como aparece señalado en el diario **La Razón** (no olvidemos que las brasileñas fueron durante décadas la fantasía demencial de los porteños de todas las edades que soñaban que en Copacabana las cariocas se los llevarían sin consultarlos al pie de una palmera y los violarían semivestidos), que como decía en su nota estelar Víctor Sueiro, los funcionarios actuaron de buena fe porque su intención era finalmente sana, es decir como dice el coronel Tabanera: ‘quiero que esta ciudad sea una isla de decencia en el caos del mundo entero’, hay quienes advierten que un exceso en el celo aún bien intencionado puede ser perjudicial por razones de imagen y no de ideales, y los hay moderados diferentes, los moderados postrado. Estos como el doctor Mariano Grondona pide la intervención a la Universidad, lo hace con insistencia, participa de sus preparativos, y cuando sucede, propone clemencia, sugiere buscar a los rescatables entre esa banda de narices ganchudas que venden ‘Voz Proletaria’, porque bien sabe como eficiente politicólogo y mejor carcelero que cuando se invade un territorio no es posible gobernar con pericia en tierra

arrasada y que es necesario buscar aliados. Porque aún en tierra enemiga hay gente razonable, es decir deseosa de pactar. En este caso, la moderación salió mal, la Universidad fue definitivamente destruida. Para algunos sin embargo pueden parecer risueños y propios de otra época, los desvelos del coronel (R) Oscar F. Córdova, nombrado interventor en los subterráneos que decide aplicar las más estrictas normas de disciplina bajo tierra. Su primera medida es sacar todos los bancos de las estaciones porque su función natural había sido desviada. Vagabundos sin documentos los usaban para dormir o para apacentar alguna resaca. Sin bancos, pensó, no hay vagabundos. La segunda medida, quizás la más espectacular, fue la que tomó en agosto de 1966 cuando decidió clausurar los baños de los subtes porque su función natural había sido algo más que desviada, había sido pervertida, torcida hasta lo más, cuando los homosexuales argentinos los usaban para vaya a saber qué.

Al prohibirse obras de teatro como la ‘Vuelta al Hogar’ de H. Pinter, en la que un hermano besa a su hermana, las razones del dictamen de agosto de 1967 de la Comisión Honoraria Asesora para la calificación moral de los espectáculos teatrales no son éticas ni metafísicas sino más bien físicas: “la torpeza, grosería y vulgaridad reflejadas permanentemente en la obra le confieren a ésta un clima de franca obscenidad sin atenuantes de ninguna especie y que resulta repulsiva a la sensibilidad y repugnante desde el punto de vista ético. Como lo subraya el juicio periodístico se advierte en la pieza un verdadero crescendo de obscenidades y suciedades que bien pueden acercarse a la náusea y que en ella hay una acumulación de inmoralidades, de

bajezas, de degradación moral, suciamente pintadas a través de sus personajes...” El lenguaje de la censura tiene parentesco con el lenguaje culinario cuando los chefs y los ecónomos ofician de cuervos y otras aves de rapiña. En el mismo mes de agosto de 1967, a propósito de la mentada prohibición de la ópera **Bomarzo**, prohibición complicada porque la obra no se había estrenado en Buenos Aires y debió impedirse su puesta en escena por comentarios de prensa sobre las funciones que se habían dado en Nueva York, en la revista **Gente** se publica una de estas famosas cartas de lector, de un señor Juan Ambrosini de San Fernando que, como tantos argentinos, sabe poner los puntos sobre las íes: “la censura fue de frente, sin hipocresías. Nos venden el tranvía de la obra de arte detrás de toda la porquería y la malsana podredumbre. Se fomenta la idiotez, la culpa por no entender y no ser culto. Al señor Mujica Lainez se le podrá o no respetar por lo que escribe, pero no es cuestión de que por un decreto municipal lo convirtamos en prócer o héroe nacional; creo que le faltan las cualidades tradicionales de nuestros próceres. Si usted quiere podemos empezar por el estereotipo del machismo porteño o la guapeza criolla... dejemos a los países civilizados que sigan demostrando su subdesarrollo humano, nosotros somos argentinos y capaces de matarnos por un partido entre Boca Juniors y River Plate. Qué tiene que ver ese señor con nosotros? Mujica Lainez es un extranjero aunque en su partida de nacimiento figure como argentino. Qué tiene que ver? Mostremos la porquería que hay detrás de todo esto”. Qué porquerrría...!, decía Sandrini.

La vuelta de Leo Dan

En unos pocos meses el gobierno se había puesto en acción. El Ateneo de la República, la Parroquia del Cristo Rey, los militantes de la revista Verbo, los Cursillos de la Cristiandad, el Opus Dei, organismos teológico políticos apoyados por entidades de bien común como las Ligas de Madres y Padres, el Instituto de la Familia, el Movimiento Familiar Cristiano, la Obra de Protección a la Joven, un dispositivo militar eclesiástico intenta redimir a la Argentina y hacerle cumplir un destino de grandeza. De estas organizaciones cabe mencionar a una en especial que estaba de moda en los ambientes católicos de nuestra sociedad. Nos referimos a los Cursillos de Cristiandad que cobijaron en quintas, campos, estancias como la conocida por ‘la Montonera’, refugios, recoletos albergues, a visitantes de arraigo como el Intachable Onganía, el general Lanusse y otros hombres del poder que desde el mes de mayo de 1966, dos meses antes del golpe, recogían sus almas frente a las palabras de un instructor. Es llamativa la atmósfera de estos cursillos que según los críticos del catolicismo más tradicional empleaban técnicas de sugestión psicológicas similares a las del creador del psicodrama, el psicoanalista Moreno.

Este movimiento nació en Mallorca y se basa en los ejercicios espirituales ignacianos, en variantes o innovaciones audaces del mismo, como lo declara el estudioso Oscar Wast. Estos cursillos se revelan en el libro de Eduardo Bonín ‘Estructura de ideas o Vertebración’. El primero de estos cursillos tuvo lugar en 1948 en tierras catalanas. La clase dirigente católica y argentina se sentía dispuesta a asistir a estos cursos o ‘rollos’ como se los denomina en la

cursos o ‘rollos’ como se los denomina en la jerga cursillista, al menos aquellos miembros que no participaban de las aspiraciones de la ilustración jesuíta o de la cofradía del Ateneo.

En el año 1969, la vigencia del Cursillismo es tal que todo el gobierno de Tucumán forma parte de él, además del Gobernador y sus ministros, el Presidente de la Corte Suprema Miguel Angel González, el jefe de la policía Eduardo Herrera, el rector de la Universidad Rafael Paz, el director de la Gaceta Enrique García Hamilton, el Intendente de la capital, los dirigentes sindicales de la Fraternidad y el de los Gráficos, el presidente del Colegio de Abogados, el de la Confederación Económica, y otros funcionarios. Los novicios tienen un período de espera de aproximadamente un año hasta su admisión para el que se toma en cuenta su vida anterior, si esta ha sido limpia o, al menos, limpiable. A las mujeres se les antepone otro filtro. Ingresan al cursillo una vez que los maridos han salido de él. Las solteras o viudas son admitidas cuando —según al vocabulario empleado— se juzga que actúan como vértebras en sus ambientes. El cursillo propiamente dicho comienza un jueves a la tarde y culmina al anochecer del domingo siguiente. A lo largo de tres días se desgranán quince conferencias o rollos (dos tercios son dictados por laicos); los asistentes asumen la obligación de tomar nota para discutir los temas en grupo de cinco. Todo maestro rollista narra una experiencia religiosa de su propia vida. El clima va enfervorizándose con cánticos y confesiones penitenciales. Los asistentes tienen una contraseña con la que se reconocen y se reconfortan: cuando se cruzan dicen ‘de colores’. De colores es una tonada española que hizo furor entre 1950 y 1954. Los cofrades, al haber pasado la canción de moda, la reemplazarían por una de Leo

Dan, uno de sus cruzados. La reforma aboliría también las palabras rollo y ultreya, derivado de ultra ella, el grito con el que se daban ánimos a los peregrinos de Santiago de Compostela. Los temas que se exponen en los rollos que duran aproximadamente una hora son el Ideal, Gracia Habitual, Gracia Actual y Piedad, los Sacramentos, la Acción. Hay quienes no pueden evitar la emoción y lloran hasta cinco horas seguidas como lo recuerda Marita, la mujer de Leo Dan. Es el momento en que los novicios perciben que su vida pasada fue un desperdicio de los dones de Dios. En las postrimerías del encuentro —señala el semanario **Primera Plana**— casi todas las resistencias se han quebrado y se ve a los dueños de Ingenios azucareros servir el almuerzo a sus obreros, a profesores ayudar a campesinos analfabetos a redactar sus informes, al General Onganía hacer un golpe de Estado, y otros ejemplos de humildad. El clima pasional de estas cofradías religiosas repercutía en el temple de los partícipes del gobierno, de los secretarios jesuítas, de los ministros del Ateneo, del Opus Dei, en la contrasena vivaz entre economistas, ministros de educación, y toda esa arca de Noé de cruces y tanques que se sabían depositarios de una misión, la que bien resume el confidente y confesor de Onganía, don Mariano Narciso Castex: “La lucha no es entre Oriente y Occidente, ni entre el capitalismo y el marxismo, es la guerra contra la Bestia...”. Esta imagen inspirada en el Apocalipsis de Juan, circula entre los miembros de la Fe y llega hasta los operadores periodísticos de la revista **Ulises** que cercando y acusando a los curas conciliares, quienes se amparaban en el candor de Juan XIII el Bueno, se hunden en un progresismo que ‘ha tendido entre la iglesia y el mundo un puente que muy bien puede desembocar en la Bestia’.

La Bestia de pelo largo

La Bestia esta entre nosotros, su rostro peludo es vario, desde las narices ganchudas y las pieles purulentas que estudiaban en la Universidad del Estado, los barbitas que hacían fila en los cines pornointelectuales, los disfrazados de artistas de la calle Florida, los repulsivos amanerados de **Bomarzo** y de los excusados de los subtes de la ciudad, las minifalderas, las putitas y sus bikinis que acompañan... a quién?, a quién acompañan con esas ‘infartantes —como dice el periodista José de Zer— bikinis en las playas de Villa Gesell? De eso se trata, del disfraz preferido de la Bestia, de aquel con el que desembarca en nuestro país en octubre de 1967, del día de nuestra primavera en el que deambulando solitaria por el Puerto ruge de dolor, porque está sola, necesita amor, compañía, la Bestia gimiente pide más bestias en las que reflejarse, para eso necesita de la peste, del contacto, de una cierta melodía, del sonido de las guitarras, de la belleza de las flores, del susurro del mar, del mensaje de Paz, del coro de ángeles. Bestia perversa que invoca al Cielo para paladear su gonorrea, entre octubre de 1967, hasta fines de 1968, la Bestia está en la ciudad, y las fuerzas de la fe no tardarían en descubrirla y darle su verdadero nombre: hippie. Pero fue escamándose de a poco, su metamorfosis es gradual. A mediados de 1966 la revista **Gente** produce una nota que se llama ‘Soy sucio y qué?’, el personaje invocado se denomina beatnik. Sus hobbies son de lo más extraños, fuma marihuana y se corta los brazos con sevillana mientras los otros beatniks lo miran. Ante la sorpresa del cronista ante tan desopilante actividad, éste reconoce que está haciendo una estupidez, ‘pero estábamos muy aburridos...’. Aburrimento y estupidez, aunque

no muy mal rodeados por muchachas de cabello largo, bluejeans, zapatillas de basket... y sucias: las beatniks girls. Gente da el primer diagnóstico: “una nueva plaga invade Europa (se trata de la descripción de un beatnik europeo). Es una novísima ola. A ellos (chicas y muchachos) nada les importa. Viven como quieren. La marihuana es su tabaco habitual. Proceden de las mejores familias, viajan en auto-stop. Y duermen en cualquier lado. Tienen los hobbies más extraños y hablan de filosofía. Tienen sus pantalones agujereados, se limitan a deambular mirando a la gente, dejando pasar la vida, indiferentes y abúlicos”.

Esta descripción es histórica, por ser una de las primeras que describen la forma joven de la Bestia. Este retrato se repetirá en los medios de nuestro país sin interrupción a lo largo de los años y de las generaciones. La joven Bestia volverá a aparecer en los setenta, en los ochenta, hoy, y será retratada y diagnosticada por nuevos cronistas, hijos de aquellos, por médicos, educadores, psicólogos de adolescentes, superespecialistas de la droga que no cesarán de notar las zapatillas de basket; son 28 años en los que se dice que a los jóvenes no les importa nada, abúlicos como son, miran pasar la vida, sus jeans rotos por décadas, fuman, se maman, se drogan, pero ya no hablan de filosofía.

Contribución a la metafísica fascista

Pero nosotros sí debemos hacerlo. El problema de la decadencia de Occidente es de larga data. Los filósofos y los intelectuales tienen la

tarea de situar el momento y seguir su evolución, mejor dicho su involución. Porque hubo épocas que los filósofos y pensadores de la Revolución Argentina consideraron ejemplares. Para empezar el Imperio Romano, modelo de civilización, sociedad vital con tendencia a la expansión como toda sociedad que se precie, un patriciado homogéneo y seguro de su destino, una administración ejemplar, un ejército civilizador, un derecho que fija los límites y los alcances de la propiedad privada, que sella con la ley las prerrogativas del poder del padre, que le da su lugar a la esposa, a la casa y a la familia, y, que, en su mejor momento, cae bajo las cenizas de sus excesos, dejando el marco adecuado para la Ciudad de Dios, el Imperio Católico Romano. La otra sociedad ejemplar es la gótica del medioevo, por su integridad, por la cohesión en todas sus partes, por el matrimonio entre el poder terrenal y el divino, por la proliferación de frailes, por la permanente invocación de cada cosa al Señor, feudal y celestial, por la conjunción entre caballeros de la espada y mensajeros de la Cruz, por la bendita cruzada, por Santo Tomás que demostró lógicamente la existencia de Dios y por el paisaje imponente de las Catedrales de la Fe. Después la nada, una nada que fue desparramándose de a poco como gelatina nihilista. Se acostumbra en nuestro país a creer que los filósofos y los pensadores son progresistas por definición y oficio, que resisten al poder, que tiene la rebeldía del que se opone, que tienen barba, miran con recelo y si no son comunistas lo fueron. Se cree además que la única historia de la filosofía es la historia oficial, la de la rutina académica que comienza con la luz griega, sigue con la luz cartesiana, luego la luz kantiana, la luz socialista, o si se es romántico, las tinieblas intensas de Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger, y como cerecita de adorno: la última

bolilla, el compromiso de Sartre. Para no mencionar a los que focalizan su atención en Frege, Russell, Carnap, y otros maestros de la precisión. Pero filósofos hay muchos e historias de la filosofía más de una, y ediciones y lectores de la metafísica argentina muchos más de lo que se cree. En aquellos sesenta, en la época de la Revolución Argentina, la filosofía que circulaba entre los fundadores de la Nueva Argentina, tenía su trazo marcado. Porque había filosofía, importaba que la hubiera, el mundo se tensaba por la lucha entre el Dragón rojo y los Caballeros de la fe. Occidente se jugaba su destino, y se había llegado tan bajo que era de máxima urgencia revisar los fundamentos. Mariano Castex lo dice con precisión cuando no encuentra para nuestro destino otro que el que debemos forjar con nuestra sola estirpe, otra tradición que la de nuestros abuelos, la de los centuriones del Grial, que no hay país de la modernidad que no haya sido tragado por el descreimiento y el escepticismo liberal, la jungla del dinero, la compraventa de los principios, o por las hordas del ateísmo, de la sinarquía internacional y de la masonería librepensadora. Para el quiera tomar contacto con ella y no haya recibido la última guía **Michelin**, se llama Sinarquía según el estudioso Oscar Wast a una mezcla de humanismo laico de todas las tendencias (incluidos los comunistas), como los católicos progresistas, protestantes modernistas, conversos de toda índole, francmasones, tecnócratas, liberales, expertos en demografía, planificadores familiares, ultrahumanitarios... todos los amantes de la paz. La conspiración progresista. El mundo ha caído tan bajo para Castex que ya no se encuentran ejemplos encomiables, tan sólo la dignidad que siempre mantuvo Franco, la neutralidad de los suizos y alguna monarquía nórdica de la zona del séptimo sello. El resto es nihilismo. La decaden-

cia de Occidente comienza a mediados del siglo XIV, hace unos seiscientos cincuenta años. El primer conspirador fue el franciscano Guillermo de Occam u Ockham. El centro de la conspiración fue Oxford, y la doctrina que crea y que da vueltas al mundo y no deja de darlas se llama nominalismo. Porque la sinarquía filosófica tiene la cualidad acumulativa. El nominalismo está en germen en todas las variantes del nihilismo de la modernidad. Jean Ousset, el padre filosófico del entorno doctrinario del General Onganía, el pensador traducido por el coronel J. F. Guevara, prologado por el cardenal Primado de la Argentina y comentado por el Arzobispo de Paraná, dedica a este momento crucial de la caída ética y metafísica, un libro, y la dimensión de un problema: el problema de los Universales.

Este problema tiene las apariencias de ser medieval, pero no lo es. Se trata de la Verdad, si existe o no, si la tiene Dios o el hombre, si es el hombre qué hombres, si son hombres sabios o santos, si son los santos qué santos son, si tienen aura pagana o cristiana, si son santos cristianos habría que ver si son recientemente canonizados o lo fueron hace tiempo, si fue hace tiempo en donde está el Beato, si no está, quien la tiene, la Verdad, y así en más. La Verdad es un problema filosófico que se parece a una cacería del tesoro, de esos que brillan en el Sahara. Pero no es un espejismo la Verdad, y menos para Ousset y los filósofos de aquella Revolución que se llamó Argentina. El problema de los Universales puede resumirse en el famoso ejemplo que dan los escolásticos y otros grandes medievalistas. Tomemos a tres individuos naturales. Uno es Sócrates, el otro es Platón, el tercero es un asno. La pregunta escolástica es: a quién se parece más Sócrates?, al Asno o a Platón? La

semejanza se infiere de su sentido biológico. La respuesta es: se parece a Platón. Por qué?, pregunta el monaguillo. Porque tanto Sócrates como Platón tienen algo en común: son hombres. Este predicado común contiene algo real, o no? Esta comunión remite a alguna naturaleza? Como dicen los medievalistas: *est maior convenientia inter Socratem et Platonem quam inter Socratem et istum asinum...*

Aquí hay dos problemas, uno contingente, el otro necesario. El primero llamativo, aunque subsidiario, es el del Asno, animal medieval, ejemplar zoológico al que los filósofos remiten cuando quieren contrastar o llevar al límite del absurdo algún razonamiento. Por eso Occam dice —siguiendo su concepción voluntarista de la divinidad— que si Dios hubiera querido se habría convertido en un asno. El otro no es un asno, es un problema, el de la relación entre el lenguaje, las palabras, y la realidad. La palabra ‘hombre’ que asocia a Sócrates y a Platón, remite a un existente o es un invento de la semántica para que podamos entendernos? Es artificial o es natural? Cómo es posible que la misma naturaleza venga a ser por un lado pensamiento general y por el otro cosa individual? A través del problema del lenguaje se apunta al debate sobre el orden del mundo. Se empieza con el lenguaje porque lo primero es el Verbo, al menos para los humanos. Para discutir el orden del mundo antes que nada debemos ponernos de acuerdo sobre el instrumento: los nombres que les damos a las cosas. Porque si los nombres no tienen densidad, peso específico, si son acreedores de un nulo valor de verdad, mañana diremos que Sócrates rebuzna como el Asno y Platón cacarea y entonces ya serían cuatro los miembros del enigma y el problema jamás tendría solución. Nuestras palabras

remiten o no a las cosas? El debate medieval gira alrededor de las relaciones necesarias de las cosas que pasan en el mundo, si pasan por alguna razón, si esta razón puede ser otra que la Divina, o si lo que ocurre en el mundo nada tiene que ver con lo que Dios quiere. Occam decía que Dios hace lo que quiere, y lo que quiere nos es absolutamente desconocido, que si creemos en él es por la fe, y nuestra fe no lo seduce porque sus designios, el modo en que se condujo, conduce o conducirá, sólo Él lo sabe; la suerte que nos toque, quienes de nosotros se salvará y quienes no, no depende de merecimientos porque Dios es altísimo y oculto, indiferente a nuestros desvelos y artimañas, no es una dama que está sola y espera. Por eso cuando nos refiramos al segundo momento de la caída ética de occidente, la que produjo Lutero, los acusadores insistirán en la formación nominalista del Reformador de Wittemberg. Para el nominalista Occam, Dios no quiere las cosas porque son justas sino que son justas porque las quiere Dios. De Dios depende el bien y no al revés. No hay causa para la voluntad divina. El nominalista descarta todo análisis de la voluntad divina. Afirma que no hay relaciones necesarias entre los seres del mundo, no hay leyes que no dependan de la voluntad de Dios; solo conocemos la jerarquía establecida por las Santas Escrituras, por la Iglesia y los Santos, y las recitamos y trasmitimos porque creemos en ellas, pero intentar hallar las verdades lógicas de tal encadenamiento, analizar el porqué, es tragarse la manzana con el gusano adentro. Si existe alguna semejanza entre Sócrates y Platón, o si simplemente, podemos usar abstracciones como los conceptos hombre o mamífero, esto no se debe a que hayan mamíferos celestiales, o porque exista una especie con espesor ontológico, sino por una conveniencia gradual entre una cosa y la otra, por la

semejanza entre individualidades. Las cosas individualmente convienen entre sí, y la generalidad que abstraemos no es más que una intención mental que nos ayuda a clasificar pero no a descubrir ningún orden de lo real. Occam dice que la cosa es indivisa, si cada cosa fuera individual y universal a la vez, la forma individual Sócrates se combinaría con la forma universal hombre, y tendríamos una cosa bicéfala, lo que es imposible para Occam que define a la cosa como lo que no puede dividirse.

Para los realistas como Duns Scot, entre nuestro intelecto que concibe lo común en la diversidad, y la naturaleza, existe un parentesco. Para el nominalista no hay tal familiaridad; pone a la cosa de un lado, indivisible, a la palabra por el otro como intención mental, y a Dios afuera de todo. Rey de reyes, amable, adorable pero incognoscible por la naturaleza humana. Esta diatriba medieval sembró el primer germen nihilista; la doctrina de Occam, furibundo opositor del Papa Juan XII en el debate sobre los pobres, dibujó la matriz sobre la que se moldearían los laicismos del futuro.

El filósofo Ousset, ideólogo de la Curia, de la jerarquía militar y del empresariado nacional católico, arremete contra el nominalismo por haber inaugurado la peste de occidente. Dice que es primordial reflexionar sobre el problema de los universales, porque se trata de fundamentar la distinción entre lo que es imperioso y lo que es libre, de lo que se impone universalmente y de lo que puede o debe variar con el tiempo, el lugar o las personas, en la organización de la sociedad humana. El problema de los universales vincula a la lógica del conoci-

miento, con la ontología o las categorías del Ser, y con la política, el orden de la comunidad humana. El problema fundamental de la política, dice Ousset, es determinar las relaciones que en el orden humano se establecen entre lo que es contingente y lo que es necesario, entre lo accidental y lo esencial, entre lo particular y lo universal. El nominalismo, como el liberalismo, tiene horror a las definiciones, dice Ousset, prefiere la indeterminación, o la invocación de categorías vaporosas como 'la vida' o 'el sentido de la historia'.

La verdad para el nominalismo no es sino se hace, se elabora y evoluciona sin cesar. No se la posee jamás, es sobre todo una búsqueda. Si lo real es sólo singular, si es puro devenir, entonces lo universal y lo general sólo pueden comprenderse como testimonio, como enunciado de una experiencia, como resultado de una encuesta. Es el dominio de la opinión, del azar, de la temporalidad recortada, del rechazo a toda formación doctrinal o dogmática. Por eso el nominalismo es consustancial con el relativismo que pregona la cohabitación general de las ideas que culmina con aquello que se llama respeto por las ideas de los demás, o la tolerancia ante la diversidad. El nominalismo es la vigencia de la pereza y la irresponsabilidad, pretende mostrarse en sociedad con una pose de urbanidad del que da lugar a todo y a todos, pero no hace más que exhibir su indiferencia, gemela de la indeterminación de su lógica. El nominalismo es el primer eslabón de una cadena que se continúa con el liberalismo y el marxismo. Por su base epistemológica no pueden fijar ninguna barrera, ni imponer ninguna regla a la ingeniosidad, al capricho, ni siquiera a la locura de los hombres... Ousset conoce la ciénaga doctrinaria de occidente, conoce la zona que nos

chupa. Al nominalismo únicamente se le puede oponer un realismo integral en el que lo universal fundamente las cosas y nuestro pensamiento, en el que las leyes formales de nuestro intelecto y la sustancia del orden del mundo se superpongan sin restos. Si quedan migas, se barrerán. El ser continuo, es absurda la pretensión de Occam de separar fe y razón, de dar lugar al divino arbitrio, a su capricho endiosado. El orden del mundo carece de vacíos, su cemento es la fe, su estructura la lógica del ser. Las divisiones, el dualismo del mundo, se enlazan hacia una unidad superior. El sistema binario es el que le da forma a la luz, es el vitró arbóreo por el que pasan los rayos verticales, pero el Ser nunca deja de ser el mismo. Existe la verdad y la podemos conocer. 'El mal que ataca como veneno a los individuos es la ignorancia de la verdad', dice Ousset. Si Occam combatió los realismos, fue por razones políticas y económicas. Se opuso a la propiedad de los bienes eclesiásticos. Prefería que la tierra fuera administrada por los emperadores y no por los Papas. Pero su política ensamblaba con su lógica. Si no hay arquetipos, si no hay mediadores ideales entre sujeto y objeto, si no existe la posibilidad de la santa interpretación, tampoco existirían los santos lectores de la ley suprema. Si Dios hace lo que quiere sin postular un orden fijo de preferencias, no hay lugar para la jerarquía episcopal que trasmite la sacralidad de las escrituras. No habría Poder, y sin Poder no hay Dios. Ahí nos lleva el nominalismo, a combatir la tesis de la verdad que dice: omnia instaurare in Christo. Sin Poder no hay Verdad, y sin Verdad no hay Poder. Jordán Bruno Genta define a la filosofía como la ciencia de las esencias y de los fines de la existencia. Es la ciencia de la Verdad que el hombre debe servir. La filosofía, agrega, es el pilar del occidente cristiano, la ciencia de la eternidad y de

lo que es eterno de las cosas, la doctrina positiva que se funda en la Verdad de Dios o Revelación y en dos verdades objetivas del orden natural: la filosofía del Ser con su lógica de la identidad y el derecho romano como estructura básica del Estado o Poder político. Las instituciones de la fe y de la tradición que derivan de estas afirmaciones son: la Iglesia, la Patria, la Familia, la propiedad, la profesión, el municipio y el Estado —servidor del Bien común— más las Fuerzas Armadas. La familia se asienta en la Mujer, cuyo paradigma, dice Bruno Genta, es la Santísima Virgen María, Madre de Dios. Pero algo salió mal y la gestión ecuménica del catolicismo se vio perturbada. Primero fue con Occam, y luego vino el gritón de Worms, el Doctor Martinus Luther. Todo curso de filosofía con un mínimo de consistencia debe detenerse en Lutero si se quiere comprender el inicio del proceso del liberalismo. Bruno Genta ataca a Lutero como puede y con lo que tiene. Lo acusa de haber trazado la barrera entre la fe y la razón, de haber introducido en occidente la falacia de las falacias: el libre examen. La soberbia del hombre que cree que está en su poder el examinarlo todo, el de discutirlo todo, el de no conformarse con nada, el de sentirse en alza cuando discute a la autoridad y de cortejar el no como partícula deseable. Es una extraña combinación la que hace Genta entre la figura de Erasmo y la de Lutero porque fue el primero el que escribió el **Liberio Arbitrio**, y fue el segundo el que le respondió con el **Serf Arbiter**. Pero como Lutero atacó el principio de la jerarquía eclesiástica y repitió hasta el cansancio que entre los cristianos las diferencias sólo se establecen por leyes que son invenciones humanas, por lo tanto arbitrarias y transitorias, además de que las órdenes sacerdotales no son más que cargos administrativos, y recalcó que

todos los cristianos son de hecho sacerdotes por el bautismo, entonces, infiere Genta, si todos somos sacerdotes y llevamos el Evangelio en el corazón, también todos podemos afirmar que somos reyes, sabios, y así cualquiera puede arrogarse todo tipo de autoridad y descalabrar las jerarquías, lo que es el horror para Genta.

Pero lo que el protestantismo ha valorado es la ética comercial. La figura del comerciante ha sido deplorada en la metafísica argentina. Martínez Zuviría o Hugo Wast —Ministro de Educación de 1943 y nombre de honor que identifica a la primera sala de nuestra nueva Biblioteca Nacional— cada vez que debe describir a un comerciante o banquero, es decir para lo que entiende por judío típico, lo hace con bolsitas vomitaderas. En su gran obra de 24 ediciones **El Kahal**, da al banquero el nombre de Zacarías Blumen y lo ve así: “Perfil de tucán, cuello corto, espaldas cargadas, labios exangües, como la carne kosher, de un cordero sangrado por el rabino; fisonomía marcada por el talmud indeleble; traje pulcro y de buena tijera, pero demasiado nuevo...”; este no es el modo en que a partir de la ética protestante y de sociólogos como Weber y Sombart (sociología, una típica ciencia judía para los cruzados) se percibe a la figura del mercader. La piedad cristiana en el mundo mercantil ha generado lo que Sombart llama ‘el romanticismo de los números que opera con magia irresistible sobre los poetas que hay entre los mercaderes’. Poetas y virtuosos en el mundo del dinero es algo inconcebible para los amos de la tierra, de la tradición, de los antepasados, del Ser, de la Gracia, del Soldado, del Santo, de la Virgen, del Sabio, de la Sangre y del Intelectual Pudoroso. Ni qué decir de las virtudes empresariales como la agudeza, la com-

prensión rápida de lo esencial y la capacidad de descubrir el momento oportuno. O, siguiendo a Sombart, la viveza de espíritu que debe tener el especulador, representada por la caballería ligera. Por lo que, si el lector recuerda, las imágenes de Castex de la caballería de los jesuitas armados en su lucha contra la Bestia, y estas figuras de viajeros y textiles de una nueva caballería, presenciamos una agitada disputa por el privilegio ontológico de guardarse al hombre montado. Otra virtud mercantil es la perspicacia y la capacidad de conocer a los hombres y al mundo; capacidad de negociación que suma a la docilidad un gran poder de sugestión. Esta ética del capitalista que forma hombres que tienen un resorte en tensión, que los hostiga y que transforma en verdadero suplicio calentarse el andamiaje frente a las llamas de una chimenea, convierte al tiempo en algo que permanentemente se escapa, vuela, siempre nos falta. Ha dejado de ser el tiempo eterno en el que el Sabio contemplaba el orden del mundo. Esta valoración de los personajes del dinero es algo que también trajo el protestantismo. Una religión fatalista, de ascendencia nominalista, creyente en la predestinación, en la voluntad secreta de Dios, que produjo el efecto inverso al quietismo. Trabajar, obrar, crear, producir, para no pensar en el paraíso y no tentarse con el más allá y mucho menos en pedirle al Señor, rogarle, prometerle, confesarle, comprarlo. Las buenas obras para desprenderse de la angustia por la buenaventuranza y la profesión como ejercicio ascético y consecuente de la virtud. Genta se tomó demasiado a la letra la palabra protestante como de alguien que hace el libre examen de todo y protesta. El protestante, en realidad, es un trabajador austero que planifica su voluntad hasta en el baño, que no demuestra el más mínimo de sus afectos por temor a cometer el sacrilegio de la idolatría,

que recorta un círculo de soledad interior infranqueable y que también se ha destacado por hacer la limpieza étnica de los perfiles de tucán.

Pero Lutero provocó la escisión, fue una herejía triunfal, debilitó al Imperio Religioso y sentó las bases del nihilismo de la modernidad. Aunque el laicismo que tanto inquietó a Genta está lejos de ser tan victorioso en vísperas del Nuevo Milenio, porque el protestantismo se ha descompuesto en innumerables sectas que desde el Norte de América llena los estadios en nombre de lo que Harold Bloom llama la religión norteamericana, un gnosticismo evangelista que grita Jesús! por las radios y las T.V., compra todos los teatros y todos los cines abandonados, hacen cruzadas de salvataje de almas y fundamentalmente de cuerpos, realiza milagros por segundo, que cuando hay comunistas sopla quienes son y cuando ya no hay los inventa. Estas sectas de Dios, desde la Ciencia Cristiana, los Testigos de Jehová, diferentes alquimias entre anabaptistas, mormones y cuáqueros, desde los pulpitos universales de Billy Graham, hasta Jimmy Swaggart y el Pastor Giménez, esta plaga apocalíptica y mística que le disputa a la Curia su clientela, puede hacer descansar a Genta y otros en paz. El trueno del Señor sigue vigente. En este curso de filosofía para cruzados, en esta genealogía de la caída de occidente y de lenta lucha contra la Bestia, no hay que olvidar el paso siguiente, el del nacimiento de la ciencia como otro avatar del libre examen. Occam y Lutero son dos traiciones en el interior de la Iglesia, el debilitamiento del Poder de la Iglesia permitió el alarde de los futuros doctores de la Sorbona, es decir de Descartes. Dudar de todo, este es el pecado de Descartes. Así Descartes —dice Bruno Genta— justifica el libre examen, el derecho de cada

individuo a discutirlo todo, a dudar de todo y a exigir que su asentimiento a algo dependa de su propio juicio. Lutero hace radicar la interpretación válida de la palabra de Dios en el sentimiento interior. Descartes hace radicar en el yo pensante el principio de la Verdad, más aún, si tomamos la palabra de Descartes, dice: el libre arbitrio es lo más noble que hay en nosotros. Y nos hace semejantes a Dios. Descartes inicia el liberalismo dando a la inspiración del sujeto el criterio supremo de validez. Protestantismo en el plano religioso; idealismo en el filosófico, uno y otro son expresiones del libre examen, principio, dice Genta, del liberalismo en todas sus formas. Pero lo que fundamentalmente trajo al mundo el pensamiento cartesiano es el fetiche de la ciencia. El Doctor de la Sorbona no dejó de rendirle loas al Señor, pero lo convirtió en una idea innata, en un huevo que empollamos en la cabeza por necesidad lógica. Una idea de lo infinitamente grande no puede ser creada por un débil y finito como el hombre. Este frágil homenaje no puede ocultar que es a través de Descartes, lector crítico de Galileo, que nace una modernidad que afirma que la ciencia concierne directamente la existencia de los hombres. Que un dominio de la naturaleza es indispensable para la liberación de los hombres. Control por la mecánica de la naturaleza exterior a los hombres, y por el conocimiento médico de la naturaleza interior a los hombres. Esta idea de una naturaleza como una entidad físico matemática que se establece por la idea de ley y no de Fin como en el pensamiento clásico, la afirmación de que cada cosa, lo singular, la parte, no es una expresión de un Todo, su mínimo reflejo, la aseveración de que el reino de las cosas se define y relaciona si es conmensurable, que la medida es el patrón de la cadena universal; la idea, en fin, de que para poner en

movimiento las premisas de este saber no se duda como el escéptico que descrea por decepción y distancia, sino que la duda es actividad, ejercicio motor, método aplicable para la discriminación entre lo verdadero y lo falso, que la única certeza posible es que estamos ejerciendo el método, que el pensamiento es el sello real del existir, estas definiciones marcan una ruptura con el pensamiento clásico. Recuerda Alexandre Koyré que Descartes en su **Epístola a los Doctores de la Sorbona**, dice que es absolutamente cierto que haya que creer que hay un Dios porque así lo enseñan las Sagradas Escrituras, por otra parte también dice que se debe creer en las Sagradas Escrituras porque nos fueron dadas por Dios, esta doble afirmación que no es ninguna hace harto difícil una eficaz labor proselitista entre los infieles —escépticos y libertinos— que podrían imaginarse que ‘cometemos el error que los especialistas en lógica llaman un razonamiento circular’. Este prurito de Descartes acerca del razonamiento basado en la Revelación, no es el de Genta y de tantos metafísicos argentinos. El que no cree en la Revelación es una Bestia en el sentido apocalíptico, y si no es convencido con palabras será con carrozas de fuego, en verdad, será con las carrozas porque un infiel difícilmente deje de serlo, especialmente si es un infiel de los tiempos modernos en el que abundan conversos y marranos. Aquel que no crea en la luz que dio la señal en el cielo a tres jinetes a camello que se dirigen a una posada para recibir a una deidad cuya temprana forma proviene del vientre de una doncella virgen, preñada por un meteorito divino para dar a luz a un joven sacrificado por un Padre Celestial para temperar la desobediencia de los hombres, el que no crea en esta Verdad y no practique el ritual en el que la carne y la sangre del dios se comen simbólicamente, este sacrílego pecador

será crucificado por el cruzado más cercano. Descartes estaba preocupado por demás, aficionado a la ciencia se desvelaba por los problemas lógicos y los razonamientos circulares. Ahí nace su primer afrenta, el desacralizar el círculo, el de dejar de adorar su forma perfecta, la geometría excelsa de la esfera.

El Cosmos Helénico, el cosmos de Aristóteles y del medioevo, es un mundo ordenado y finito. Ordenado en el espacio, desde lo más bajo a lo más alto en función del valor y de los gradientes de perfección. Jerarquía perfecta en el que los lugares corresponden a una escala de purezas y transparencias que van de la materia a Dios. Es ésta una naturaleza activa, dinámica, establecida en su nivel más profundo sobre un orden armónico. El mundo griego es finito porque su universo es de fines. Se descubre el orden, no se lo inventa. Si alguna libertad existe, es la de buscar el equilibrio, es decir el lugar adecuado, el lugar justo. Justeza y justicia. El lugar —dice Pierre Guenancia en su libro **Descartes y el Orden Político**— está ahí antes de que lo ocupemos. Cada ser, de la naturaleza en general porque en el pensamiento clásico no hay margen para una naturaleza específicamente humana, tiende hacia su lugar natural. Para un pensamiento de esta calidad el mundo está completo, debe seguirse el camino ya trazado y no desviarse. No hay fisuras, vacíos, grietas, laberintos si no son de perdición, nada es absurdo todo es explicable porque es revelable, todo tiene que ver con todo y no hay desajustes salvo los creados por los desviados. Entre la razón, la naturaleza y la ciudad hay una homología, son parte de una misma cadena y de un bloque liso. El pensamiento de los clásicos de la antigüedad para nuestros metafísicos es integral, quizás no tanto para

los griegos si se toma en cuenta lo que sucedió con Pitágoras huyendo por las islas con sus números irracionales, Jenofonte arrojándose en el volcán y Sócrates tomando cicuta y regalando un gallo. Pero para nuestros pensadores como Genta sí porque los griegos nos legaron el principio de identidad con el que definimos y distinguimos a cada cosa en su lugar. Definir es jerarquizar dice Genta, es establecer el lugar y el rango de cada cosa en el Universo. La definición es la soberanía de la mente y el señorío del hombre sobre sí mismo y sobre las cosas. El principio de identidad se apoya en la lógica de la razón suficiente que sostiene que todo lo que existe tiene una razón o fundamento con la sola excepción de Dios o de Genta o de Onganía o de Castex, pero no de Descartes. La física cartesiana destruye la concepción tradicional del cosmos jerárquico, la prueba del primer motor o del fin último, la de los grados de perfección que se fundan en la necesidad de detenerse y en la imposibilidad real de una serie actualmente infinita. Descartes destruye la estructura de esta lógica. Con esta transgresión inicia al mundo del nihilismo moderno que pasa del hábito metafísico como principio rector de la ciencia para establecer la justa proporción de cada ser, al hábito matemático, hacia la universalidad vacía e indiferente, al uno numérico. Para Genta la mentalidad moderna abstrae mediante la unidad cuantitativa todas las distinciones esenciales, confunde y nivela en lugar de distinguir y jerarquizar para unir real y verdaderamente. La modernidad desplaza el orden del superior y del inferior mediante la sucesión del más y del menos. Horizontaliza. Los límites de los fenómenos se vuelven exteriores y accidentales. El régimen teológico metafísico de la antigua suma del saber es sustituido por un régimen empírico-matemático que no busca la contemplación del ser sino

el uso de las cosas. No hay fin para la invención de artificios. Se destruye la naturaleza, se mundializa el desenfreno consumista, la carne de la imagen nos idiotiza, el dinero nos convierte en seres fariseicos y fundamentalistas contables, el mundo del tucán eclipsa la beatitud, ya no hay valores sino shopping centers, la Bolsa es la Vida, los hombres ya no tienen destino ni se preocupan por él, cada vez menos gente va a misa, los jóvenes están enfundados en sus walkman, enceguecidos por Tinelli y fisurados por las falopas, las mujeres blancas se ennegrecen con rayos, las negras al revés con lo mismo, los chicos se dan de grandes, los grandes cada vez más se juvenilizan, los sexos se fabrican, hasta la vida también, el simulacro y el mundo del espectáculo sustituye a la autenticidad, nadie más se doctora de Hombre con mayúscula, al fútbol ya no va nadie y hasta el mate se lo toma de apuro. Y todo por culpa de Occam, Lutero y Descartes. El Padre Julio como llamaban al cura Julio Meinville, asesor espiritual del grupo Tacuara, mentor ideológico de cualquier contingente de salvación nacional, creador de ensayos sobre el judío y la peste semita, perseguidor furioso de la curia progresista, víctima de la pasión —conocida como odio amoroso— por Jacques Maritain, y escritor reeditado sin pausa, da el último toque de esta torta metafísica de la cruzada argentina. Fue quien pudo sintetizar en pocas líneas las etapas del quehacer de la humanidad. Para él, la historia de la civilización transcurre por cuatro etapas. La primera es la mejor. Se trata del medioevo, del que ya hablamos, la época en que los frailes vivían de parabienes, es decir rodeados de frescos monaguillos y sumisas concubinas, de sirvientes y vasallos, época que el Padre Julio llama: divina; imagino por su carácter religioso y precioso. En esta sociedad el grupo social que lidera con espiritualidad es el de los curas.

La segunda etapa es la que define como humana o racional. El grupo que da el sello a la época es la aristocracia. Esta época tampoco venía tan mal si pensamos en el ambiente lucrativo y festivo de los Borgia. Es el Renacimiento, momento que Genta inscribió en el maldito libre examen, y que Meinville recuerda como el del humanismo, entre Boccaccio, la Capilla Sixtina y Vespuccio, frente a la galería Da Vinci. El tercer momento es sorprendentemente bautizado animal. Hasta aquí las cosas tenían un tono moderado, aparentemente, sensaciones divinas por un lado, aristocracias por el otro, monaguillos por aquí, esculturas, orfebrerías y madonnas por allí, pero desde el siglo XVII hasta fines del XVIII irrumpe en el mundo la burguesía que regala el epíteto de aparición del animal en la historia. El cuarto momento, el de la actualidad, es sepulcral, por eso es el de la Cosa o el Obrero. El Obrero es una Cosa, y a su alrededor se tejen los ideales de Occidente.

Estas cuatro etapas constituyen lo que llama Meinville, las cuatro formalidades esenciales, es la cuádruple matriz histórica de las civilizaciones. A ellas corresponden otros tantos tipos de anormalidad posibles. Tantos como $n-1$, porque no olvidemos que la primera etapa, la de los frailes panzones y los asnos en el Bajo Clero, y los Condados recorridos por Obispos acorazados en el Alto, fue perfecta. Pero en el segundo momento, el de la aristocracia, se produce la primera anormalidad, la aparición del naturalismo y la rebelión contra la divinidad; el de la política como arte independiente y subversión de lo teológico, del proceso que va desligándose de una física de las almas vegetativas, de potencias vitales, un mundo en el que entre Giordano Bruno y Maquiavelo nos llevará a la Reforma y a la aparición del tercer momento, el del

animal, el burgués, en el que lo económico se rebela contra lo político. Este siglo, el XVIII, tiene para el Padre Julio tres acepciones: es democrático, liberal y estúpido. El último, desde el XIX hasta hoy, ya no es estúpido, es tosco y mudo, manipulable in extremis como engranaje de cigüeñal, es el mundo del obrero, de la cosa, de la planificación de los seres y la vida bajo la égida del Estado Total. Todo este desastre cultural fue paulatino, como violenta y repentina debe ser la regeneración. La Revolución de Lutero fue la expresión de la nobleza germana en su lucha contra el Papado y culminó en el Absolutismo. El naturalismo de la razón que se inicia en el Renacimiento termina en el suicidio de la Razón en manos de Kant y Nietzsche. Por otra parte el soberbio absolutismo de Versailles entrega su cabeza con el manso Luis XVI. El naturalismo se desarrollará sin obstáculos hasta el materialismo del siglo XIX. Su primo hermano, el humanismo, se encarnará en el homo economicus, combinación excelsa entre el egoísmo de Rousseau y la riqueza de las naciones. Aquel mundo animal de la época burguesa habrá tenido su merecido con el positivismo y fundamentalmente con la doctrina que nos hizo simios, el darwinismo. Dice Mienville: “con la Revolución Francesa comienza un mundo burgués, animal, estúpido y positivista”.

Esta es la historia de la historia. Así fue el decurso de la civilización. Así es el momento en que en un lejano país del cono sur, en el vértice polar de un planeta que vaga por el espacio en la estupidez, la animalidad, el descreimiento, la incredulidad, la tucanidad, la cosificación, este es el momento en que candorosamente como le es habitual, la Nina Argentina rescata del campo de batalla del siglo XX sus confi-

tes, y se los entrega al Príncipe del Ejército Azul, el Jefe de la Revolución Argentina, la Morsa, pobre Landrú.

El Estado es del Topo

A Landrú le cerraron una revista en su número 369 de julio de 1966 por dibujar a dos morsas en la playa en amable diálogo. Quizás no tan amable. Dos semanas después del golpe de Estado en una playa tradicional, con solcito, pecesitos y caracoles, una morsa lisa sólo surcada por unos bigotes largos, le dice a la otra: “Al fin tenemos un gobierno como Dios manda!”. Landrú aparentemente no había medido con precisión la diferencia entre el estado de su humor y el humor que se avecinaba. Pero no se hizo más que sintetizar en un dibujo y ocho palabras lo que aquí tratamos de decir desde el comienzo. Que en 1966 Argentina es merecedora por primera vez de un gobierno como Dios lo quería. La frase de Landrú es un ritual, una sentencia de densidad cósmica que confirma lo que muchos decían y deseaban, la llegada de un Líder que encamara la voluntad divina y que tuviera la misión de construir la Ciudad Católica. Es lo que anunciaba la Curia, la Dirigencia católica empresaria, los dirigentes sindicales, los jefes militares, los intelectuales que justificaron la necesidad de la Revolución, los periodistas modernizadores, los taxistas.

Se ungía con la banda presidencial a un Jefe bendecido. Y la frase de Landrú actualiza la propuesta nominalista que sostiene que la voluntad divina es inextricable y absolutamente arbitraria. Es lo que

ilustraba Occam cuando afirmaba que si Dios hubiera querido se habría convertido en un asno. Es lo que hizo, se convirtió en morsa y aterrizó en Argentina. El ambiente era de tal fervor religioso que la niñada profética se le pegó a muchos, y no era extraño ver a periodistas que oficiaban de Isaias. Como Bernardo Neustadt que le daba esta dirección a su énfasis en la revista **Extra**, un par de semanas después del acontecimiento: “Detrás de Onganía, queda la nada. El vacío. El abismo último. De esa densidad fatal partimos para hacer nuestro análisis.”

El enceguecimiento del fervoroso creyente es la contrapartida de su visión anticipada. Ve lejos y se aleja de lo cercano. No es un crédulo, el crédulo es el opuesto del creyente quien no apuesta sin garantías. Onganía las tenía, o debía tenerlas según las escrituras. Sigue Neustadt: “Una REVOLUCIÓN se mide por sus resultados. Una revolución nunca es antes. Siempre es DESPUÉS. Se podrá alegar que Onganía aún no sabe que es el agente del cambio Histórico. Lo sabrá.

Habrà muchas amarguras. Muchas tendencias, muchas versiones y muchos frentazos con la realidad. Pero NO QUEDA YA NINGUNA OPCIÓN. En Onganía está depositada la fe. O la esperanza. Elijan. Onganía hace rato que probó su eficiencia. La de la autoridad. La del mando. Si organizó un ejército desteñido de orden, por qué no puede encauzar al país? Puede y debe. Lo hará...”

Cómo podemos llamar a una personalidad como la que ejerce y padece Bernardo Neustadt? Qué es lo que nos dice con su pluma de Isaias con urticaria?: que después de ÉL la nada. Es una frase inusual,

hemos aprendido que el Rey Sol, Luis XIV, dijo a la historia: “Después de mí el diluvio”. Pero nadie de la época decía ‘después de ÉL el diluvio’. Quizás las cortes de Versailles no apreciaran la presencia de cortesanos argentinos. En qué manual académico está la frase que dice: “el Estado es ÉL!”? En realidad está en la Biblia, es la función de los profetas que recuerdan la vigencia de la Ley. Y del castigo para todos aquellos que la olviden. El Presidente era más grande que una idea innata de Descartes, su virtualidad lo hacía real. Era real porque era posible, es decir deseado. Los argentinos necesitaban a un Señor y, por supuesto, lo encontraron. Es eso lo que dibujó Landrú.

El Señor Presidente tenía una casa, su morada. La revista **Gente** la da a conocer al público: “La casa es elegante sin llegar al atildamiento, es prolija sin rigidez, es confortable sin excesos; se diría que tiene la medida necesaria para que cualquiera pueda sentirse cómodo en ella”. El cronista prosigue la descripción señalando los dos biombos que separan los ambientes, un sofá, a rayas verdes y blancas, que es naturalmente el lugar en el que busca ubicarse el visitante. Sobre un mueble, un niño Jesús que mira la alfombra gastada por el repetido paso de la caminata del Pensador. Por eso dice Mariano Narciso Castex en su inevitable estilo: “Onganía rechaza el boato del mando y codicia en su intimidad el emplasto de una balsámica paz de hogar”. En la foto de tapa de la nota se lo ve al general levantando a uno de sus nietos en brazos, a quien sonrío. Al nieto y a nadie más. El General no sonrío en vano. El título de la nota es ‘El General hecho de silencio’. Y el redactor lo subraya cuando dice: “si algo pone un sello a la personalidad del nuevo presidente es su silencio. Habla lo necesario; así es en su vida

pública y privada. A su mujer le cuenta sus problemas sólo después que pasaron: ‘una mujer ya tiene bastantes problemas con sus hijos para llevarle los de su marido’, se le oyó decir.”

Dos actitudes distinguían al general, una la de su disgusto por la presencia de gordos en el ejército a los que consideraba inapropiados para la vida de soldados. Imagino que nunca vio un cuadro de Napoleón. La otra es la de ser condescendiente y hasta sonriente cuando se cruza con un antiguo duelista. Cuentan los allegados que el general una vez se batió a duelo y dio por terminada la afrenta al producirle un tajo al contrincante. Una día, mucho después, cuando se cruzó con el colega en la calle, lo saludó con un vaivén de cabeza menos que altivo y un rictus aparentado a la sonrisa. No es rencoroso, y, perdón por la repetición, nunca sonrío en vano.

Uno de los secretarios de la Presidencia, el doctor Roberto Roth, nos revela que Onganía ‘sentía la textura del roble y apreciaba el roble’. Por lo que ya podemos hacer un resumen de la calidad ética del general. Empezamos por lo último, a Onganía le gustaba tocar madera dura y nudosa. No buscaba consuelo en su mujer ni necesitaba de ella escuchar elogios conyugales. No soportaba la gordura uniformada. Caminaba mucho por su alfombra. Sonreía cuando Dios manda. No hablaba, salvo lo justo, y lo justo no lo sabía nadie, salvo, creemos, él. Le gustaba levantar nietos, no gustaba del boato del mando, y sí de algo que Castex llama emplasto de la paz. Le gustaba jugar con espadas y de acercarse al borde de los precipicios, por lo que el periodista Neustadt dice que después de Él, el abismo. Además echaba al presidente Illia.

Pasaron los años y la Revolución Argentina se fue apagando. Había un desperfecto, el Felipe II del Escorial Rosado como lo llamaba Castex, el Mesías y el Líder como lo nombraba Grondona, parecía no estar a la altura de su misión. En realidad no es justo decir esto. Se produce un fenómeno de resintomatologización del general. Es una palabra de nueve sílabas que señala una nueva semántica de los síntomas. En la página 211 de su libro **El Escorial Rosado**, Mariano Castex medita su nueva interpretación de la presencia del general. Su silencio ya no parece significar firmeza sino indecisión, demora innecesaria en responder a requisitorias urgentes. La parquedad que lo distinguía era, así lo dicen ahora sus allegados, una cierta torpeza en la expresión. Su apego al orden no se diferencia de una rigidez propia de algunas catatonías. El dominio de sí con el que seducía, no era más que una imposibilidad de salir de un encierro que él mismo se tejía. Y además no era imperturbable.

En 1968 una señora llamada María Perego desembarca en Buenos Aires a un ser de espuma de goma de unos 23 centímetros. Tanta fue la conmoción que causó en su trayectoria en el canal 11 que fue elegido el personaje del año. Al término de su primera temporada, millares de niños lloraron su partida, y hasta el férreo presidente le envía una carta a su creadora pidiéndole que vuelva porque sus hijos y sus nietos estaban desesperados, y porque él mismo había llorado el día de la despedida de Gigio. Lo cuenta la señora Perego en sus recuerdos sobre Argentina. Al despuntar el año 1970, el Cruzado Mayor percibía como una melancolía fastuosa de oropel destilaban los muros del Escorial Rosado, y, tras los vidrios de la ventana se veía la Plaza de Mayo en la

que tenues latigazos cárdenos indicaban las vísperas. Era su último día en el Escorial, se quedaba sin su grey y sin su Gigio. Los argentinos, que habían glorificado a una morsa divina, concluyeron que era de felpa. Así comenzaba la guerra sucia.